

Historia ilustrada

Sumario

Nostargos.....	2
La de hermosas mejillas.....	4
El seductor del mundo.....	7
Yo pisaré las calles nuevamente.....	10
Por amor a los pobres.....	11
Danza Fantasma.....	14
Cuéntame versión 2.0.....	19
Renunciamos a todo, menos a la victoria.....	22
Al fondo, contra la pared.....	26
¡Viva Palas Atenea!.....	30
La hoz.....	34
La pluma blanca.....	38
¡John Moore, Presente!.....	41

El mendigo salió al patio con una canasta de comida y una jarra de vino entre las manos. Era el rescate que había cobrado a los comensales para librarles de su presencia en el banquete. Eso, más alguna palabra gruesa y algún golpe en las costillas.

Al olor de la carne, un perro salió de la noche y se acercó precavido al hombre. Estaba acostumbrado a las patadas. El mendigo apreció de un vistazo al nuevo convidado: el tamaño de sus mandíbulas; la torpeza de sus patas que le daban ya la dignidad del derrotado inapelable; las orejas desgarradas, los cuartos traseros llenos de mataduras, como quien ha disputado hasta el final por todas las hembras y por todos los bocados; las ronchas vergonzosas de la vejez en los codillos y en el costillar. Finalmente, la calva en torno de su cuello daba noticia de los muchos años de servicio a un amo y de su abandono actual.

— ¡Vaya! —dijo el hombre— Siempre hay alguien más necesitado que uno. Tú, seguramente, has sido un perro intrépido y veloz en la carrera. Habrás acosado al jabalí en la profundidad del bosque y habrás perseguido cabras montaraces y alígeros ciervos por las laderas del monte. Ahora que te abruma los años, tus dueños te han abandonado. Toma, acércate.

El mendigo le tiró un currusco de pan y un hueso grande con algunos jirones de carne. Los dos se aplicaron a comer: el hombre, con la espalda contra el muro, las rodillas recogidas y la canastilla en el regazo; el perro, de pie, cuadrado sobre sus patas y humillada la cabeza, pero con los ojos vigilantes. Tentado estuvo el mendigo de arrebatarse el último mendrugo, solo para demostrarle quién era el amo. Desistió: eso era un juego para adiestrar cachorros, y ahora sólo sería un último y estéril desafío que quizás perdiera. Realmente, aquel perro tenía unas mandíbulas muy grandes y era demasiado viejo: se merecía un respeto por las dos cosas.

Cuando acabaron de comer, el perro se echó junto al vagabundo. El hombre le pasó el brazo por encima, con gesto de quien ha dormido mucho con mujeres. Con los ojos cerrados se aplicó a escuchar el canto del aedo. Sólo llegaban palabras sueltas, suficientes para completar versos que sabía de memoria y seguir el relato sobradamente conocido.

— ¿Sabes?, yo también he sido poderoso como tú. He alzado mi grito de guerra por encima del estrépito del bronce y del clamor de los que lo buscan. He asolado ciudades bien amuralladas, he pasado a cuchillo a sus habitantes con la piedad justa que demandan los dioses. He esquilado los campos de mis enemigos, y me he llevado sus mujeres y sus hijos, botín de llantos. Yo y mis compañeros hemos batido el canoso mar con nuestros remos. He visitado la tierra de los Cíclopes, los soberbios sin ley, que ni labran la tierra ni tienen ágora para el consejo. Yo cegué al más bárbaro de todos ellos, Polifemo, que come carne humana y bebe leche no mezclada. Perdí a mis compañeros, unos en los naufragios del mar, otros en la tormenta de las espadas. Subí al lecho de Circe, la hechicera de lindas trenzas, y después conocí durante siete años el amor insaciable de la ninfa Calypso, que me retuvo en su isla sin dejarme partir hasta que los dioses se lo ordenaron.

El mendigo apuró el último trago de la jarra.

— Ahora, cuando por fin he regresado a mi patria, debo esconderme de aquellos que maquinan mi muerte si supieran que he vuelto. Atenea, la diosa, me protege. Ella me ha cubierto con estos harapos que me hacen detestable a la vista. Así paso inadvertido entre los que mal me quieren. Ella ha arrugado mi piel, ha encorvado mis hombros, ha hecho desaparecer de mi cabeza los rubios cabellos, ha llenado mis ojos de legañas. Ahora repugno a todos los que banquetean ahí dentro, y ninguno me conoce.

Pero el tiempo de mi regreso está por cumplirse. Dentro de un rato, ahí dentro abrirán el surco para las hachas y las alinearán a cordel para el certamen. La diosa me avisará para que entre y vea cómo ninguno de esos jóvenes insolentes tiene fuerzas para ajustar el curvado arco. Me injuriarán como antes, querrán impedir que yo lo coja entre mis manos. Tensaré la cuerda que nadie ha sido capaz. Se me caerán los harapos, se estirará mi piel, se engrosarán mis brazos y mis muslos. Se hará el silencio y mi flecha pasará por el ojo de las segures. Luego, diré mi nombre y comenzaré la matanza.

El sol había apagado las estrellas y pintaba el cielo del color de la carne. La puerta se abrió y salió una criada con un zurrón en la mano. Con el pie, acarició las costillas a los dos, al perro y al hombre, para que despertaran.

— ¿Por qué me miras así, viejo? Ni que se te apareciera la diosa. Me reiría, si no fuera porque esta mañana tengo tanto trabajo recogiendo los restos de la fiesta que nada me hace gracia. Venga, marchaos tú y tu perro, antes de que el príncipe amanezca y se enfade por veros en su puerta. Y agradécele al ama las sobras del banquete.

El viejo tasó su botín de mendigo con un par de apretones a la bolsa. El perro venteaba los huesos, los restos de carne y morcillas. Renqueando, salieron a la calle. El viejo miró hacia arriba, hacia la torre que vigilaba el puerto. El camino era corto, empinado. Lo subieron uno al lado del otro, con la misma constancia con la que el sol se levantaba ya en el horizonte. Y allá arriba, recostados contra los muros de la atalaya al tibio sol de la mañana, soñaron con los ojos abiertos los barcos que pasaban.

La de hermosas mejillas

Me canso. No es justo que seamos nosotras dos, las más viejas, las que tengamos que acarrear el agua desde la fuente. Mirad las canas de Andrómaca, mirad mis mejillas sin carne, ¿creéis que nuestros brazos pueden con tanto cántaro?

¿No decís nada? El tiempo hablará por vosotras cuando os hagáis viejas.

Yo también fui joven como vosotras. La de hermosas mejillas me llamaban. Nuestro amo debería respetar mis canas, siquiera sea por las veces que fui al lecho de Aquiles, su padre, el padre que él no conoció. Yo puedo darle de él más detalles y más verdaderos que los poetas vagabundos que vienen por fiestas a palacio para llenarse la tripa con las sobras de nuestra cocina. Por mí disputaron Aquiles, el mejor de los aqueos, y Agamenón, rey de hombres.

Porque yo no nací esclava. Vivía en la lejana Lirneso, allende el mar y demasiado cerca de Troya, cuando los dánaos llegaron en sus negras naves. Al principio, no hicimos caso. “*Un mes o dos de guerra y se marcharán*”, decíamos. Pero pasaron los años, y el ejército de Agamenón seguía allí, frente a Troya inexpugnable, asolando contornos cada vez más lejanos para procurarse botín, ganado, grano y mujeres.

Un día apareció Aquiles con sus mirmidones delante de nuestras murallas. Yo tenía quince años. Mis padres me habían dado marido, justo empezaba a conocer los placeres del lecho junto a él. Aquiles lo mató. Mató a mi padre también. Mató a mis tres hermanos. Me llevaban a la nave y no podía dejar de llorar. Por ellos. Por miedo a mi propio destino. Las mejillas se me enrojecen cuando lloro y Patroclo, el compañero de Aquiles, se fijó en mí. Me apartó de la rehala y me preguntó mi nombre. “*Briseida, eres demasiado hermosa para que Aquiles consienta que ninguno te ponga la mano encima. Le hablaré de ti, y verás como te hará su legítima esposa. Cuando acabe la guerra, en esta misma nave, vendrás tú con nosotros de regreso a nuestra patria, a la fértil Ftia, y allí celebraremos el banquete nupcial entre los mirmidones*”.

Una se resigna a todo, incluso a vivir entre hombres que sólo te respetan porque saben que tu dueño es otro más poderoso que ellos. Solo Patroclo era amable. Él me alegraba las mañanas cuando salía de la tienda de Aquiles. Él me acompañaba si quería pasear por la playa y mojar mis tobillos más allá de las varadas naves. Hubiera sido un marido atento y cariñoso.

Un día riñeron Aquiles y Agamenón. Dicen que fue porque un sacerdote de Apolo reclamó a su hija, esclava en el lecho del Atrida, y a éste le contrarió tener que devolverla para proteger al ejército de la peste. Sí, así fue. La peste. Por doquier el olor de la carne quemada, el humo de las piras. Nadie sabía por qué las flechas del dios alcanzaban a perros, mulos y hombres. Hasta que Calcante explicó la causa, preguntado por Aquiles, protegido por Aquiles de la ira previsible del más poderoso de los aqueos.

Sí, riñeron por eso, es verdad. Pero antes de eso, Agamenón me había visto en la tienda de Aquiles, y yo había notado en sus ojos de borracho la codicia del deseo. Esa noche hubiera dormido en su tienda si mi dueño hubiera sido cualquier otro y no Aquiles.

Y Aquiles... Aquiles me estimaba menos que su orgullo. Yo fui el trozo de carne del que jalan dos perros a dentelladas. Agamenón sólo pedía una compensación por perder a la hija de Crises. Poco le costaba a Aquiles haberse avenido y aceptar que entre todos los jefes resarcieran al Atrida por la merma en su botín. Un poco de ganado, unos trípodes, calderos... El campamento rebosaba de despojos, de pillaje, y la contribución de todos hubiera sido muy poco para cada uno. Pero Aquiles cerró la puerta al arreglo, porfó y rebatió. Y cuando Agamenón, crecido y colérico, insinuó primero y exigió después que yo misma fuera su compensación, Aquiles se obstinó, prefirió perderme, exhibirme ante los demás aqueos como una

afrenta insufrible para él. Orgullo contra orgullo, poco le importaba en qué lecho dormiría yo esa noche. Sólo mostrar que se le trataba injustamente.

Fue Patroclo otra vez el encargado de conducir mi triste destino de esclava. Otra vez él cogió mi mano y me sacó de la tienda para entregarme a otro amo, a los enviados de Agamenón. “*¿También se casará conmigo Agamenón?*”. Y Patroclo bajaba los ojos.

Sin Aquiles, los aqueos fueron como ovejas desamparadas por el pastor y a merced de un león que ha saltado dentro del redil. ¿Te acuerdas, Andrómaca? El brazo de Héctor mató más aqueos que las flechas de Apolo. Los cadáveres se pudrían en la llanura, festín de perros y buitres, sin tiempo para recogerlos y quemarlos de un día para el siguiente. Fueron los momentos de gloria de tu esposo. Pero él lo hacía por ti. Tú al menos conociste un marido tan amable como valeroso. Sí, ya sé que es más duro perder algo cuando se ha tenido, que no haberlo tenido nunca. Y que luego sufriste por él cuanta humillación pueden infligir los hombres a una mujer. Pero al menos, cuando ellos te humillaban, tú sabías que estaban recordando cuántas veces tuvieron que huir delante de los corceles de Héctor, y los nombres de sus amigos y camaradas caídos bajo su lanza. Sólo lamento que uno de ellos tuviera que ser Patroclo.

Cuando Héctor llevó el fuego hasta las mismas naves, mi nombre ya era maldito entre los que habían luchado sin cesar durante nueve años con la esperanza de asolar la bien amurallada ciudad, y ahora se veían obligados a combatir por no ser arrojados al mar. “*Briseida, la de hermosas mejillas, maldita sea. Por una muchacha cuántos tuvieron que morir*”, decían. Y cuando todos respiraban desaliento, Patroclo se compadeció de ellos, y rogó e imploró a Aquiles para que le permitiera acudir al combate con los mirmidones.

Y Aquiles accedió. Le dejó su armadura, su funesta armadura, la misma que vestía cuando mató a mi marido, a mi padre y a mis tres hermanos. Y con ella, el mismo empuje aniquilador de su dueño. Patroclo no se contuvo después de echar a los troyanos fuera del campamento, no volvió a las naves una vez conjurado el peligro. Tuvo que llegar hasta los muros de Troya, ebrio de sangre y matanza. Y cuando por cuarta vez arremetió, sin ver las señales del dios, el dios desarmó a Patroclo a los pies de Héctor para que lo matara, para que cobrara su armadura como botín y afrenta a su dueño, Aquiles, y así precipitar el destino de todos.

Tetis llegó con la aurora del día siguiente, cabalgando sobre la espuma de las olas, y encontró a su hijo llorando el cadáver de Patroclo. ¿Por qué los hombres más despiadados son tiernos como niños en presencia de sus madres? ¿Por qué son tiernos en el lecho y nada más levantarse pueden herirte de la manera más cruel? ¿Por qué las mujeres alimentamos a esos monstruos?

Tetis trajo una armadura nueva para Aquiles, y con ella, nuevamente redoblada, la locura homicida. Aquiles cambió su llanto por la cólera, sus lágrimas por centellas, y corriendo por la playa, daba voces de rabia convocando al combate.

“*¡Atrida!, qué estúpido hemos sido peleándonos por una muchacha. Ojala Artemis la hubiera matado en las naves el mismo día que asoló Lirneso.*” Así decía, como si la culpa fuera mía, y los aqueos aplaudían golpeando la tierra con las picas y los escudos con los pomos de las espadas.

Y el borracho Agamenón, falso y perjuro, ahora se deshacía en disculpas ante Aquiles por la injusticia cometida. Aquella misma mañana, antes del combate, me devolvieron a la tienda de Aquiles. Y antes aún, delante de todos, Agamenón juró que no me había tocado. No os riáis, pocos hombres habéis conocido vosotras. Con toda solemnidad, juró. Trajeron un jabalí, y Agamenón dijo su plegaria, mientras cortaba el gaznate de la bestia: “*Sea testigo Zeus, el primero de los dioses, y también la Tierra, el Sol y las Erinias que castigan a los perjuros, que nunca he puesto la mano sobre la joven Briseida, ni he subido a su cama, ni he*

tenido unión con ella, ni por deseo de yacer ni por ningún otro motivo". Acabar de decirlo, cogió al animal por las patas, chorreando sangre de su cuello, y volteándolo lo arrojó mar adentro.

Los dioses lo castigaron por este juramento. ¡Lo castigaron después por tantas cosas! A él y a todos los demás, a todos los que fingieron creerle. Porque a mí me devolvieron muy bien acompañada. Y eso impresiona más que los juramentos.

Allí mismo, en el centro de la asamblea, me dejaron junto con siete trípodes nunca antes puestos al fuego, veinte calderos relucientes, doce corceles que habían ganado carreras. Y mujeres, otras siete jóvenes, las más hermosas de entre las capturadas cuando Aquiles asoló la isla de Lesbos y que entonces habían formado parte del botín de Agamenón. Y oro, mucho oro. Diez talentos. Todo me rodeaba a mí. Todo eso valía yo, todo eso valía el orgullo de Aquiles. ¿Quién no creería un juramento tan persuasivo?

Vinieron los mirmidones y recogieron los presentes. Condujeron los corceles a los establos con los demás, y a las mujeres nos llevaron a la tienda. Fue entrar y ver el cadáver de Patroclo, las heridas negras de sangre seca, la espalda y el vientre alanceado, sus rizos morenos aún sin lavar, sucios de sangre y de polvo, aquellos bucles que yo apartaba de su frente con mis dedos cuando nadie nos veía. Allí caí yo abrazada a él, llorando. Lloraba Diomedes, hija de Forbante, que era de Lesbos también como las muchachas que me acompañaban, y que había ocupado mi lugar en el lecho de Aquiles mientras yo estuve en poder de Agamenón. Lloraba Ifis, la de bella cintura, regalo de Aquiles para Patroclo cuando tomó la ciudad de Esciro. Lloraba yo, acordándome. *"Patroclo, te dejé vivo cuando salía de esta tienda, y te encuentro muerto ahora que regreso. Desgracia tras desgracia, tú eres la última. Tú, el más dulce de los hombres, ahora estás muerto."*

Y con nosotras rompieron a llorar las muchachas lesbias: Teano, Ciseide, Adrastea, Cloris, Melanto, Eurínome, Anfitea. Ninguna había conocido a Patroclo. Pero todas tenían motivos de sobra para llorar por ellas mismas y por su destino.

Maldito sea, Tetis, el fruto de tu vientre.

El seductor del mundo

Acababa de llegar paloma de Menfis. El guardián de Hathor informaba al guardián de Amón que el extranjero se dirigía a Siwa.

Me preocupé. Eran ya tres años oyendo hablar de él, y el ruido de sus pasos, cada vez más fuerte y más próximo. Al principio no había prestado atención a sus victorias. El mundo está lleno de matachines que se exterminan entre ellos, y nosotros muy retirados del mundo.

Pero un año más tarde, el matachín había bajado hacia el sur y puesto en fuga a Darío. No pude dejar de especular cuánto tardaría el país del Nilo en sublevarse contra el persa. Los pueblos necesitan reyes que sean dioses, porque el respeto a la divinidad amortigua el rencor que se incuba por vivir sometidos. Un rey que huye abandonando a su madre, a su esposa y a sus hijos en manos de su enemigo, no puede ser un dios. Aquello sólo podía traer desórdenes.

No es que al oasis de Amón le afectara: todo nos queda demasiado lejos (al menos, así pensaba hasta que llegó la paloma del guardián de Hathor). Pero me interesa la suerte de mis colegas de Menfis, de Heliópolis, de Tebas. Todos los años disfruto de su hospitalidad. E intercambiamos palomas.

Después, llegaron noticias de Tiro, de Gaza. Murallas de muchos codos. Inexpugnables. Supe que el macedonio había rellenado el mar frente a Tiro, levantado colinas y terraplenes frente a Gaza. Máquinas de asedio nunca vistas. En siete meses consiguió lo que otro rey había intentado en vano durante trece años frente a Tiro. El arrojo de sus soldados, el ejemplo de un caudillo que se exponía con ellos por igual a las flechas y a la sed. Supe también de su ferocidad y crueldad. También de su generosidad.

No me extrañó que los de Pelusio salieran a recibirle con palmas. Y que Mazaques, el sátrapa de Heliópolis, bajara por el río a su encuentro.

Admirable. Tan joven. Eso pensaba.

Hasta que llegó la paloma. Si me hubieran dicho que se acercaba una nube de langosta, no me hubiera preocupado más. Porque las langostas devoran las cosechas, como los soldados, pero dejan intactos los tesoros. No quería imaginarlo: el templo saqueado, los extranjeros bañándose en la laguna sagrada. Y las rentas del templo resentidas durante años, si se producía una matanza entre el pueblo.

Nada podía hacer. Nuestros soldados sólo sirven para poner orden en las disputas por el agua, o para recordar la obligación de pagar los diezmos.

Nada podía hacer. Salvo esperar. Confiar en nuestros muros de arena y sed, que siempre nos han defendido, como cuando los cincuenta mil hombres de Cambises se desvanecieron por el camino.

Esperar, pero no a ciegas. No quería despertarme de la siesta en medio de una pesadilla: nubes de polvo a lo lejos, en el horizonte por encima de las palmeras. Entre ese ejército y nosotros se interponía un inmenso vacío, sin ningún amigo, ninguna paloma que pudiera confirmarme el extravío, la agonía, la sed, el desvarío de la muchedumbre enemiga. O lo contrario.

Envié dos exploradores. Con un día de diferencia. Y esperé. Nadie en el oasis, salvo yo, el guardián del templo, sabía que Alejandro venía de camino.

Yo subía cada mañana al palomar de la torre. A esa hora el vapor de los manantiales flota entre las palmeras, en el aire frío del amanecer, hasta que el sol entibia y disuelve la neblina. A falta de noticias, contemplaba el cielo por encima del mar de verdor, el sol flotando como una joya dorada empotrada en el esmalte azul. Y me imaginaba al ejército de Alejandro bajo el mismo cielo, pero soñando un espejismo de palmeras verdes, anhelando sus sombras protectoras, desorientado en medio de un mar de arena. Sediento.

Llegó una paloma. Alejandro dejaba la orilla del mar y caminaba hacia el sur. La ruta esperada. Le quedaba lo más difícil. No menos de once días para el camello más rápido. Ya no encontraría pozos. Un ejército con su impedimenta, sus criados, sus prostitutas, sus mercaderes de botín, sus parásitos... jamás, jamás llegarían. El desierto y Amón lo impedirían.

Días después, el cielo se nubló por unas horas encima del oasis. Antes de que volviéramos a ver el sol, llegó una paloma. “*Llueve. Los soldados beben*”. Nunca llueve. Sólo algún año. Y había de ser al paso de Alejandro. ¿Dónde estaba Amón?

Al quinto día, llegó otra paloma. Alejandro a mitad de camino. Más rápido que el más rápido de los camelleros. Me quedé mirando fijamente la cabeza de carnero de Amón: ¿de parte de quién estaba?

Al siguiente y al siguiente, una tormenta de arena nos redujo a todos tras los postigos de las casas y obligó a los que salían a cubrirse por completo. Los ojos escocían, oídos y narices se llenaban de tierra, los dientes masticaban arena. Amón, por fin, había intervenido. Todas las pistas, todas las marcas se habrían borrado. El ejército se encontraría caminando en círculos tan grandes que no se darían cuenta hasta que volvieran a pasar sobre sus mismas huellas al cabo de varios días.

Ya no llegaron más palomas, sino un explorador. Luego el otro. Los dos decían lo mismo: Alejandro venía. “¿*Cómo, cómo lo ha conseguido?*”, les pregunté. “*Cuervos*”, dijo el que más se había acercado a la vanguardia del ejército. “*Llevan cuervos*”. Cada amanecer, y cuando se desorientaban, soltaban uno. El cuervo sube, remonta el aire. Y les muestra el camino con su vuelo.

Di aviso a los jefes de distrito. Que la población se preparara a recibirlos. Que quien tuviera algo muy preciado que guardar, un tesoro, una hija, lo enviara al sur, al desierto.

Pero no dio tiempo. La nube de polvo aparecía ya en el horizonte.

Lo recibí en la escalinata. Sudor y polvo le cubrían todavía. En el aire, el bullicio habitual de los que llegan resecos y acalorados al borde de la laguna. Pero es difícil distinguir esos gritos de alegría de los otros que yo temía.

Sólo me tranquilicé cuando le oí decirme “*Quiero consultar a mi padre*”.

Fue un equívoco, me di cuenta más tarde. Yo llevaba años sin hablar griego. Alejandro había dicho “*acerca de mi padre*”. Un equívoco. Pero terminó en un entendimiento perfecto.

Las consultas al oráculo son siempre públicas. Yo había entendido que sus intenciones no eran ésas, las de un particular cualquiera, sino rezar dentro del templo y, con ese acto, proclamarse hijo de Amón. Bien,

pensé yo, si eso es lo que Alejandro quiere del templo, el templo se lo dará. No estábamos en condiciones de discutir. Tebas, Dodona, si alguien quería poner los puntos teológicos al joven Alejandro, que lo hicieran cuando se marchara de aquí.

Nadie, ni de su comitiva, ni del templo, lo esperaba. Pero tampoco nadie mostró sorpresa, y menos que nadie, Alejandro, cuando yo, al invitarlo a pasar, lo saludé como hijo de Amón y le dije: *“Entra a la casa de tu padre”*.

Estuvimos mucho rato a solas. Clito y Parmenión vigilaban la puerta. Sí, Alejandro sólo pretendía despejar una inquietud sobre la conjura que mató a su padre, Filipo. También, preguntar sobre su futuro. Hablamos. Reímos juntos al darnos cuenta del malentendido. Es grande. Merece ese nombre. Es un seductor de multitudes. Él sabía, porque lo había aprendido de Filipo, que ser caudillo de hombres en armas supone llevar permanentemente la máscara del heroísmo. Su valor, su atrevimiento, su sacrificio, están dirigidos siempre al auditorio de sus soldados. Ahora estaba aprendiendo que gobernar un imperio requiere algo más que la capacidad de cautivar a los que llevan las armas. Debe fascinar a los que no combaten, a sus súbditos. A los que sufren, a los que esperan, a los que llevan una vida fatigada o simplemente aburrida. Al amo y al criado, a la mujer y al marido, al niño y al anciano.

Y en esa tarea, los sacerdotes somos sus soldados. Le transmití cuanta sabiduría atesoramos los guardianes de los templos acerca de la divinidad y la realeza.

Le regalé la tiara de los cuernos curvados, la que luce en las monedas. Le di un último consejo: correr un velo de silencio sobre lo hablado con el Dios dentro del santuario. Nada excita más la imaginación de las masas que el misterio.

Al despedirse, me dijo: *“¿Puedo hacer algo por ti y por el templo?”*. Le contesté: *“Cuando dejes esta vida mortal y accedas a la divinidad, ordena a los tuyos que te traigan aquí, con nosotros”*.

Y aquí está, recién llegado. Gracias, Ptolomeo, por traernos el cuerpo divino del inmortal Alejandro.

Yo pisaré las calles nuevamente

El agua me escupe, me vomita. Mi cuerpo quebrado y descoyuntado se recompone al salir a la superficie. Dejo atrás las salpicaduras, la espuma de mi muerte, y asciendo durante un minuto y diecisiete segundos hasta encontrarme tres mil metros más arriba con el Skyvan, gordo abejorro, polinizador letal, que viene hacia atrás recogiendo trece cuerpos adormilados regurgitados por el mar. En la panza, junto a la cola, se abre la portezuela y entramos de a uno, en suave parábola que nos deja en manos que nos aferran, que nos arrastran lejos del portón, que nos visten con ropas de tela y grilletes. El médico sale de la cabina de vuelo, donde se esconde de su juramento hipocrático, y nos pincha uno por uno. La jeringuilla succiona la última dosis de pentonaval. Nos entra la niebla, la vaga conciencia del ruido, del extravío. Mientras, el avión alcanza la costa y enfila hacia Aeroparque y toca el cemento de la pista y se para.

Dos muletas vivas, samaritanos del infierno, nos sacan del avión por cada hombro y nos llevan arrastrando los pies hasta el camión verde militar. Descorren el toldo de lona y desde arriba cuatro brazos como polipastos animados jalan de nuestros cuerpos mientras desde abajo otros brazos nos alivian del peso.

El camión da marcha atrás en primera, segunda, tercera, cuarta y quinta hasta que reduce y frena por fin en el recinto de la Escuela. Nuevamente polipastos y muletas nos conducen a la sala. El médico nos vuelve a pinchar y nos saca ya del cuerpo la primera dosis de pentotal naval. Estamos en la sala que siempre hemos percibido a través de la capucha, y comprendo las palabras que todavía no se han dicho acerca de que nos van a vacunar para trasladarnos a un campo de rehabilitación, a una granja de trabajo en el sur. No sé si creer a mis deseos de escapar de aquí o a la certeza de que nunca nunca saldremos con vida.

Y una vez desdichas y desoídas las palabras, me pregunto por qué estamos juntos y descapuchados. Nunca ha ocurrido. Nos ponen las caperuzas, desandamos hasta la Capucha y me tumbo en la cucheta a esperar el paso de las semanas, llamando cada poco para hacer mis necesidades, arrastrando los grilletes, comiendo por debajo de la capucha, subiendo y bajando a los interrogatorios con la capucha. Siento mi cuerpo desnudo sobre el catre de hierro. Siento la laucha que deja de garrear y morder en mi vientre y se va. Siento la quemazón esperada, temida, pero imprevista, en qué pecho, en qué parte de la entrepierna, en qué encías, un dolor tan poderoso que afloja y enciende las luces del techo.

Un día me levantan del catre. Me ponen a tirones las bombachas, la tetera, la pollera, el saco, un trapo en la boca. Me arrastran y me chupan al suelo del Ford Falcon. Me pisan cuatro botas. El carro se mueve, no sé por dónde ni adónde. El tiempo pasa, no se acaba nunca, hasta que llegamos a mi calle, a la puerta donde vivo. Me quitan el trapo de la boca, me despachan entre cuatro de un empujón a la calle. Allí está Raúl. Se levanta del suelo, su ropa se alisa y cuatro agujeros en su espalda chupan su sangre y se cierran impolutos. Se oyen petardos. Raúl viene corriendo hacia mí, de espaldas, poco antes de que otras manos como garfios coloquen a Raulito en mis brazos y el niño deje de llorar. El Falcon se va marcha atrás chillando los neumáticos, y Raúl y yo, con el niño, desandamos a casa de la abuela como todos los días, por las calles tranquilas de mi barrio.

Por amor a los pobres

ELLA: ¿Me juzgas?

ÉL: ¿Juzgarte? ¿Por qué?

ELLA: Te llevo ¿cuántos? ¿quince? ¿veinte años? Tengo tres hijos. Soy una mujer casada...

ÉL: ... con un amigo mio, sí. No me hace feliz recordarlo.

ELLA: Y aquí estoy, metida en la cama contigo.

ÉL: ¿No me tendría que juzgar también yo?

ELLA: Es distinto. No estás casado. Y además, los hombres...

ÉL: Se nos perdona todo, Carmen, por favor!. Si te juzgara mal esto no habría ocurrido entre nosotros. No te atormentes.

ELLA: Bueno... ¿Ni siquiera quieres saber por qué he llegado hasta aquí?

ÉL: El deseo no se explica. Está ahí.

ELLA: El deseo ... Sí, al final todo se reduce a eso, pero ¿no te parece que yo debería explicar por qué le hago ésto a Paco?

ÉL: Carmen, no te juzgo. Y si te juzgara, dudo que encontrara causa para condenarte.

ELLA: ¿No te interesan mis cosas?

ÉL: Sí, claro que me interesa todo lo tuyo. Me interesas tú. Me pareces hermosa y...

ELLA: Dos mentiras seguidas, aunque sean piadosas, ya vale. Mira, yo no tengo tus estudios, pero sé apreciar cuando un hombre tiene atractivo y las chicas se fijan en él. Tú eres de éstos. ¿Cuánto tardará en aparecer en tu vida una chica más joven que yo, más guapa que yo y más culta que yo? Mañana me saludarás con amabilidad, espero que sin despreciarme, y punto. Esto para ti ha sido un ... aquí te pillo, aquí te mato.

ÉL: No, Carmen. Ha sido raro que tú y yo nos hayamos encontrado. Y de verdad, sí, tengo interés en saber por qué ha ocurrido. Supongo que en tu vida hay algo que no funciona. Pero no quiero escuchar algo que tú, quizás, te arrepientas luego de haberme confiado.

ELLA: ¡Desde luego, cómo sois los intelectuales!

ÉL: Deja ya esa muletilla. Sabes que hace tiempo que acabé de estudiar. Nunca dejaréis de meteros conmigo porque no nací obrero.

ELLA: Habrás dejado de estudiar, pero te comportas como Paco decía de los “intelectuales”: soltáis frases rimbombantes, pero no veis la realidad. Aunque Paco tampoco se imaginaría ésta: que tengas tu mano entre mis piernas y me digas que me lo piense antes de hacerte una confidencia. ¿Crees que me puedo avergonzar aún de algo mayor que ésto? Una se abre de piernas y ...¡Ojalá mis hijos nunca lleguen a saber esto, Dios mío!

ÉL: Venga, tontuela, no llores. Tienes toda la razón. Por eso ha pasado lo que ha pasado, porque siempre me has parecido una mujer muy inteligente.

ELLA: ¿Te acuerdas cuando nos conocimos?

ÉL: Hace seis años

ELLA: Tú tenías...

ÉL: Dieciocho

ELLA: Viniste a mi casa. Había reunión de célula.

ÉL: No, fue algunas semanas antes. Una charla de captación en la Iglesia del Salvador, en la vieja escuela parroquial. La daba Paco. Y al salir, tú estabas esperándole con los críos. Me fijé en ti.

ELLA: No me acuerdo de eso. Estaría embarazada del pequeño. Recuerdo cuando empezaste a venir por casa, a las reuniones. Yo me tenía que meter en la cocina con los críos para no molestarlos. O irme a casa de mi madre. Pero luego, cuando volvía, nadie había vaciado los ceniceros ni ...

ÉL: Es verdad. Mucho hablar de la explotación de la clase obrera ...

ELLA: ... y nadie se acuerda de la mujer. ¿Sabes?, me alegré cuando la vecina largó a la policía que aquí venía mucha gente y se tuvieron que dejar de hacer las reuniones. Pero sí, me fijé en ti desde el principio. Más de una vez me ayudaste a recoger las sillas. Y eras amable con los críos. Jugabas con ellos al entrar y al salir.

ÉL: Todos los que veníamos teníamos alguna palabra amable con ellos.

ELLA: Una madre sabe cuando a sus hijos se les dice un cumplido o una palabra sincera. Todos no. Tú sí. Más que su padre, mira lo que te digo.

ÉL: ¿Paco? Siempre me pareció cariñoso con ellos.

ELLA: Sí. Cuando estaba con ellos. Pero ¿cuándo estaba con ellos? Y luego, bueno, nadie sabe lo que lloré cuando Paco se enfrentó a su hermano.

ÉL: Pues aquello fue un ejemplo. Nos impresionó a todos.

ELLA: ¿Denunciar a tu hermano? Vinieron los inspectores a la fábrica, le pusieron una multa y luego, todo igual. Pero el disgusto en la familia, ¿quien lo arregla?

ÉL: Ya sabes...

ELLA: Ya—lo—sé: el que ama a su familia más que a mi, no es digno de mi. ¿Te crees que no me sé toda esa monserga?. Yo también he ido a cursillos, he estudiado el Evangelio, hice el Plan Cíclico. Pero no por amor a Jesús ni a la clase obrera. Por amor a él, que era el padre de mis hijos.

ÉL: Nunca ninguno de nosotros imaginó ...

ELLA: ... ¿que yo, la esposa del responsable, del que os daba ejemplo de militancia y de vida cristiana, no estaba de acuerdo con lo que hacía mi marido? Esa es mi culpa, no haberlo sabido entonces. Yo aceptaba todo lo que él hacía. Creía en él. Lloré, pero no rechisté cuando él pasó de tener un trabajo seguro en la empresa de su hermano, cómodo, en la oficina, a andar de obra en obra, de peón. ¿Tú sabes cómo llegó a casa el primer día que trabajó en la construcción? Paco no había trabajado nunca con sus manos. A la tarde, había llegado un camión de cemento. A los pocos sacos, los brazos se le quedaron insensibles, muertos, caídos, ni para arriba ni para abajo. Y los compañeros le escondieron, para que el encargado no lo viera parado, y se repartieron su carga entre todos.

ÉL: Aquella anécdota se la oí contar. Un ejemplo de solidaridad entre los pobres. Paco sacaba fuerzas y ejemplos de todas las miserias que vivía en las fábricas y los tajos.

ELLA: La contó, claro. Ufano. Se acostumbró a deslomarse. Le gustaba mirarse las manos encallecidas. A más callos, menos caricias, ¿sabes? Tampoco es que él fuera especialmente.... Me avergüenza decirlo. Toda mi vida después de hoy, cuando me encuentre contigo, me avergonzará recordar que te lo he dicho: nunca he ... sentido como este momento contigo. No imaginaba que pudiera ser así.

ÉL: Carmen, no quiero que nunca te avergüences de ésto. Ni que mires resentida al pasado. Todos, él, yo y todos los demás, estábamos entregados en cuerpo y alma a la causa.

ELLA: ¡La revolución de Cristo, el Reino de Dios en la tierra! Ja. Unos más que otros. Si él se hubiera quedado ahí, en peón de albañil, yo le hubiera perdonado hasta la zozobra de esperar en cualquier momento el timbrado de la policía de madrugada, la humillación de que registren tu casa y tú en camisón, con los hijos asustados cogidos a ti. Y luego tener que ir a la mañana a comisaría a preguntar por él, y atormentarte con lo que le estarían haciendo. Me hubiera conformado con eso, pero tuvo que irse a Madrid aquel año.

ÉL: ÉL famoso curso en la ZYX.

ELLA: Y la chabola en el Pozo del Tío Raimundo. Me tuve que poner a trabajar, sola y con tres hijos, porque el sueldo de liberado no llegaba. Que él quisiera ser el más pobre entre los pobres, vale. ¿Pero qué culpa tenían los niños? ¿Y yo? ¿Acaso yo no soy pobre, acaso yo no necesito una caricia, una cama caliente, una palabra amable?

ÉL: ¿Por qué no rompiste con él entonces? ¿Lo vas a hacer ahora que todo se ha acabado, que la vida vuelve a ser normal?

ELLA: Porque entonces todos vosotros me hubierais mirado como una renegada burguesa que traicionaba al mejor de vosotros. Ahora, muerto Franco, se acabó la rabia. Se desinfló todo, la revolución, la militancia, la clase obrera. Todo se acabó. Sólo quedan nuestras vidas.

ÉL: Sí. Nadie se imaginaba que ésto acabaría así, con los trepas, los que nadaban y guardaban la ropa, de diputados y concejales. Y el año que viene, ministros.

ELLA: No sé. Igual tiene que ser así, que manden los que saben, la gente práctica. Porque ¿sabes qué te digo? Que si vosotros, con vuestra revolución, hubierais triunfado con vuestros proyectos, vivir con vosotros sería irrespirable. Vuestro Reino de Dios en la tierra sería un infierno.

ÉL: No llores, Carmen. Por favor, no llores.

ÉL: ¿Te molesta mi mano? ¿te irrito?

ELLA: No, por favor. Déjala. Nunca había sentido algo así. Dame un beso.

Danza Fantasma

Ningún otro hombre como Buffalo Bill me había producido nunca una impresión tan clara de que uno acaba por llegar a ser lo que se cuenta de él, la farsa que representa con la complicidad del mundo. Cuando leí en los pasquines el título de Coronel, supuse que algún escritor o periodista se habría tomado la licencia de concederle ese rango militar. Que yo supiera, en los quince años transcurridos desde nuestro primer encuentro, Bufalo Bill se había dedicado por entero a su circo, quizás lo único que quedaba ya del antiguo, lejano, salvaje oeste. Pero quién era yo para poner en duda los méritos de nadie. Por eso, cuando entré a saludarlo, pregunté por el coronel Cody.

Aquellos días, en Londres, dudábamos de que existiera un sol. Usted, le dije, trae a nuestras ciudades ordenancistas y sucias de humo el aire libre de las praderas. Me agradeció el cumplido e hizo como que me recordaba.

Su atuendo era sobrio, como si se hubiera agrisado a la par que su pelo. Nada quedaba de la casaca roja de antaño, ni de los pantalones de fieltro negro bordado en rojo con campanillas de plata y adornos multicolores. Hace años, muchos años, un empresario teatral del Este había diseñado aquel atuendo fantástico. Cody, después de vestirlo por los escenarios durante una temporada completa, lo hizo real volviéndose a enrolar de esa guisa con su regimiento de siempre, el quinto de caballería. Fue una apuesta contra el escepticismo de unos espectadores burlones.

En su vaivén desde el teatro de mentira al de verdad, Cody fue más afortunado que aquel otro personaje del salvaje Oeste, el ditirámico Custer. Unos días después del desastre que inmortalizó al séptimo de caballería, el quinto de Cody sorprendió a una partida de sioux. Uno de ellos debió a ese encuentro casual su infausto ascenso a famoso jefe Yellow Hair o Yellow Hand, nombre variable según el periódico que informara y la mayor o menor exactitud del plagio. Otros detalles también diferían de una versión a otra: en unas, Cody y Yellow Hair o Hand, se enzarzaban en duelo singular de rifles y colts, desmontándose mutuamente a balazos; en otras, el duelo era a cuchillo y duraba varias horas. Todos los relatos, sin embargo, tenían un titular unánime: Primera Cabellera por Custer. Con ese reclamo de sangre y venganza, Cody bautizaba meses después la principal atracción del espectáculo que acababa de fundar. Cuando el espectáculo llegó a Nueva York, pude asistir a la reconstrucción fiel de la escena: Cody con el torso inclinado sobre el indio moribundo, el gesto ampuloso del cuchillo en su mano derecha y la izquierda que levanta el cruento despojo, arrancado desde su escondite entre el tocado de plumas del figurante. Aplausos y vítores.

Ahora yo cumplimentaba por segunda vez en mi vida al espectáculo y a su creador, Bufalo Bill. Su nombre y su contenido habían cambiado. Los Rudos Jinetes se habían puesto de moda a partir de las hazañas de Roosevelt en la guerra de Cuba y las guerras indias eran ya un residuo del pasado.

Sentado frente a él alabé la pasmosa puntería de Annie Oakley, la trepidante intensidad del asalto a la diligencia, la gracia de los pequeños caballos mogoles y el lánguido trote de los camellos árabes. No pasé por alto el desfile ordenado y exacto del Quinto Regimiento de Lanceros Reales Irlandeses, tan distinguido hacía poco frente a los derviches del Sudán. A todo asintió en silencio, complacido.

Para hacer más creíbles mis halagos, me lamenté por los bisontes de otro tiempo que ahora no había encontrado. Entonces hablé.

—Es triste decirlo: no ha sido posible reemplazarlos. Cuando yo era joven, poblaban a millones la pradera. Ahora ni siquiera es posible capturar una docena.

Presintiendo que la conversación discurriría por derroteros transitados, añadí que el gobierno de su país ya había dictado leyes para acotar su caza. Dije las consabidas lamentaciones acerca de los indios y su modo de vida extinguido. Quedó pensativo. No como el hombre que no encuentra palabras, sino como el que tiene demasiadas.

—En la guerra, la aniquilación del enemigo es la regla. Para la celebración de la victoria, su presencia es inexcusable. En mi espectáculo, tan necesarios eran el hombre blanco como el indio. En contra de lo que muchos dicen para denigrarme, nadie puede representar lo que no ha vivido. Estos figurantes que han interpretado la muerte de mi amigo el coronel Custer, no son aquellos que usted vio la primera vez. Quizás ha llegado el momento de disolver la compañía.

—Toro Sentado murió hace tiempo —concedí accediendo a lo que suponía un ejercicio de nostalgia.

—Supe de su muerte a la vez que de los vergonzosos hechos que siguieron en Wounded Knee. Al humillar y maltratar a los que fueron nuestros enemigos, nos hemos deshonrado a nosotros mismos. Toro Sentado no hubiera hecho eso.

Su nombre lo presentaba tal como era: obstinado y solemne. Recordamos demasiado Little Big Horn, porque no caemos en cuenta de cuánto tuvo de afortunada la victoria de un impetuoso Caballo Loco sobre un Custer ebrio de certezas. En cambio, Toro Sentado era el hombre que había visto a los soldados azules caer a tierra como copos de nieve. Los otros dos fueron apenas instrumentos de su sueño. Al cabo, Caballo Loco fue derrotado, preso y finalmente ensartado en la bayoneta de un soldado impaciente, pero Toro Sentado esquivó durante años a un ejército herido en su orgullo. Fueron los cazadores de búfalos que había traído el ferrocarril los que acabaron rindiendo a su pueblo por el hambre.

Pensé prolongar sus palabras con algún comentario acerca de los inconvenientes del progreso, pero mi interlocutor no necesitaba tomar aliento.

—Es fácil para la arrogancia de un guerrero enfrentar el dilema de la derrota: morir o rendirse. Toro Sentado no podía permitirse ninguna respuesta sencilla. Poco antes de dejar este mundo, su padre le había encomendado: “mata búfalos y alimenta a tu pueblo”. Así había hecho Toro Sentado desde los trece años. Ahora ya no podía cazar búfalos, pero aún se debía a los suyos.

Sus pasos dubitativos lo llevaron a Fort Buford. El Major Brotherton asistió a una ceremonia singular, único derecho que se concedía al vencido. Frente a él, Toro Sentado cedía su rifle a su hijo de siete años para que el niño lo entregara con sus propias manos. Al Mayor le dijo: “Quiero que mi hijo aprenda a ser amigo del hombre blanco”. A su hijo le había dicho un rato antes: “Si tú entregas el rifle por mí, será como si yo no me hubiera rendido”. Creyó que así podría engañar a su destino.

El enemigo fue tan cauteloso en la victoria como desleal había sido siempre a los tratados. Toro Sentado fue confinado en Fort Randall con su gente. Todas las mañanas los soldados separaban a los hombres de las mujeres y los niños, y hacían recuento. Dos años duró esta ofensa al amanecer. Al tiempo lo trasladaron a la Reserva de Standing Rock.

Por entonces, mi espectáculo viajaba ya por las principales ciudades. Era quizás el mejor, pero en todo caso uno más entre otros parecidos. Annie Oakley hacía diana en el público con el encanto de su orfandad. La competencia tenía a Lilian Smith, algo más joven que ella y hartamente descarada. Mi propio personaje, Búfalo Bill, estaba cojo: Yellow Hair no era un antagonista a su medida. Y además, estaba muerto. Me propuse enrolar al último jefe de la nación sioux.

La Agencia India aprobaba mis gestiones: querían separar a Toro Sentado de los suyos cuanto fuera posible. Nada más llegar a la Reserva, el comisionado le había dado al viejo jefe una azada para que cavara la tierra con sus propias manos, un ultimátum para que echara de casa a una de sus dos esposas y un papel

para firmar que legalizaba el expolio de tierras. Cuando yo llegué, el ultimátum había vencido en vano, el papel seguía sin firmar y el comisionado meditaba qué hacer. Mi llegada no pudo ser más oportuna.

Mi oferta era tan sencilla como sus obligaciones: cincuenta dólares por semana, pagaderos los sábados, a cambio de mostrarse a caballo durante la función. Suyo sería todo lo que obtuviera por autógrafos y fotografías. No le diré que discutimos las condiciones. Conmigo, Toro Sentado volvería a revivir todos los días un momento de gloria en la vida de su tribu. Quedándose en la Reserva recordaría cada día las condiciones de su derrota. Añadiré que en el último momento le prometí una entrevista con el Presidente Cleveland. Eso le decidió: acaso pensó que de jefe a jefe sería más fácil explicarle por qué no iba a firmar ese papel.

Toro Sentado asistía todos los días a la recreación de Little Big Horn, impávido sobre su cabalgadura incluso cuando el público rompía en abucheos hacia él. Durante los cuatro meses que estuvo con nosotros, nos robó con su silencio el protagonismo a Annie Oakley y a mí. Nuestro circo no era ya uno más entre muchos: éramos el espectáculo por antonomasia. No me costó mucho conseguir la entrevista de Toro Sentado con el Presidente Cleveland: las dos partes nos beneficiamos del encuentro y de la foto que lo inmortalizó. Solo Toro Sentado volvió defraudado.

De lo que hablaron a solas, nada repitió. Es fácil suponer que sus lenguajes eran muy distintos: uno quería recuperar sus tierras, el otro solo quería robarle un poco de su fama. Quizás valga con lo que Toro Sentado me dijo al despedirse. La frase estaba referida a un plural indeterminado. “Algunos de los hombres que he conocido son vanos y alocados. Otros, simplemente malvados. Todos son lo mismo para mí. Ellos parlotean en mis oídos, su ruido ha sido para mí como el del agua que fluye sin cesar”.

Arreglé también un encuentro con el general que durante seis años lo había perseguido hasta el Canadá. Toro Sentado no quiso acudir. Cuando lo apreté para que me explicara, me habló de unas mujeres que habían danzado hasta agotar los días y las noches. Esposas y madres de los guerreros muertos en la guerra con el general Crook. Creían que danzando sin cesar la tierra accedería a devolverles a sus maridos. Toro Sentado no creía que los muertos pudieran regresar, pero ¿quién cuidaría de ellas?, ¿quién las alimentaría? No hablaría con Crook, no.

Una sola vez había dado rienda suelta a su rabia en voz alta. Fue delante de una concurrencia de políticos y hombres de negocios que celebraban la culminación del ferrocarril. “Sois ladrones y mentirosos. Nos habéis despojado de nuestras tierras y nos habéis convertido en mendigos errantes”. El intérprete vio mi gesto, omitió traducirlas. Toro Sentado lo hizo a su manera: “Raiders. Liars”. El público lo disculpó: era un salvaje que no sabía hablar bien el inglés.

Los ojos de un salvaje se fijan en cosas que a las personas educadas nos pasan desapercibidas. A Toro Sentado le gustaba caminar por la ciudad después de la función. Los niños le seguían, como han hecho siempre en todas partes. Eso le molestaba mucho menos que contemplar su miseria. Lo que ganaba en mi espectáculo lo repartía entre los niños hambrientos que vivían en la calle. No comprendía que un pueblo tan poderoso tuviera tantos pobres. De ahí extraía una impecable conclusión: era vano confiar en las promesas del hombre blanco. Si los que más tenían permitían el sufrimiento de los que menos tenían, ¿por qué habrían de preocuparse por el bienestar de los indios, que no eran su pueblo?

Le impresionó el vasto mar, los largos muelles y los vapores que surcan el océano. Le expliqué que había otro continente al otro lado del mar que rebosaba de gentes, de guerras, de riquezas y de miseria. Comprendió que aquella muchedumbre de hombres ansiosos que marchaban hacia el Oeste era inagotable, que no la habían llevado sólo las locomotoras de las praderas, sino también las que cruzaban el mar. Acaso el mundo lo regía un demonio que empujaba a los hombres unos contra otros, y hacía infelices a todos. Si era así, el vapor era su aliento.

Toro Sentado volvió a Standing Rock cuatro meses después. Había ampliado sus conocimientos y perdido todas las esperanzas. Yo le regalé un caballo digno de un jefe y un saco de caramelos. Sé que añoró por siempre la sopa de ostras y el cariño de Annie Oakley, su hija adoptiva, a la que había nombrado Pequeña Tiro Fijo.

En las reservas, en todas las reservas desde Dakota hasta Nuevo Méjico, detrás de los soldados habían llegado los misioneros. Predicaban la agricultura y enseñaban el evangelio. Ambas semillas germinaban con dificultad. Las tierras eran ásperas y las azadas sólo servían para humillar a los cazadores con los recuerdos de la abundancia perdida. La Agencia India repartía raciones de alimentos todos los meses y vestidos una vez al año. No eran generosos, solo prudentes. El hambre, instrumento de rendición en el pasado, podía ahora ser acicate para la sublevación. Mientras tanto, el hombre blanco seguía presentando papeles para firmar que Toro Sentado rechazaba uno tras otro.

En algún lugar de las praderas, un indio que cuidaba de su pueblo escuchó la historia de un Redentor y soñó que venía para salvar a los indios, traer la paz con el hombre blanco y restaurar los rebaños perdidos. Como un Bautista, como todos los Bautistas, no era el hombre lo importante, sino el mensaje. Era el mensaje que todos querían oír. Poco después, de una reserva a otra, las llanuras eran recorridas por chamanes visionarios predicando la buena nueva. La tierra se encaminaba a un nuevo renacer. Brotaría una nueva hierba y nuevos árboles. Desaparecería el hombre blanco y su ferrocarril. Volverían los bisontes, los antílopes y los caballos salvajes. Los antepasados, tantos y tantos como habían muerto por las balas y el hambre, resucitarían y se unirían a la fiesta de todos, bailando.

Había que danzar. Todos unidos en una danza interminable. Una danza secreta, escondida de los ojos del hombre blanco. Por doquier, desde Arizona a Dakota, los indios danzaban invocando al Espíritu. El mundo renace. La nación renace. El águila ha traído el mensaje a la tribu. El Padre dice así. Toda la tierra renace. Los búfalos vienen. Los búfalos se levantan. El cuervo ha traído el mensaje a la tribu. El Padre lo dice. Escucha, Él dice, los búfalos vienen. Allí lejos, los búfalos se levantan, los búfalos caminan.

Tan fuerte era la visión de los indios que los colonos blancos también la vieron. Sintieron miedo. La Agencia India prohibió las danzas. El ejército se acantonó en las reservas, dispuesto a luchar contra los fantasmas.

Toro Sentado descreía que los muertos resucitaran, pero creía en la danza. Una vez, aquella vez, él había danzado durante tres días consecutivos, lacerando sus brazos con cien heridas. Al cabo de esa danza, vio caer a tierra los soldados azules como saltamontes, como copos de nieve. Caían sobre la tierra, muertos. Y aquella visión se hizo realidad poco después por la mano de Caballo Loco y sus guerreros. Si eso había ocurrido una vez, ¿por qué no ahora?

Toro Sentado se incorporó a la Danza Fantasma. Danzó con ellos. Se supo que Toro Sentado danzaba. Todos sabían cómo sus danzas pasadas habían dado gloria y alivio a la tribu en momentos difíciles. Los espías también lo dijeron: Toro Sentado ha vuelto a danzar, más y más indios están danzando.

Después de una tarde y una noche danzando, cayó exhausto. Entonces una alondra de las praderas se posó en un montículo a su espalda y le dijo: “Tu propio pueblo te matará”.

Aquella noche, un destacamento de policía india salió a buscar a Toro Sentado. En la madrugada, irrumpieron en su sueño y en el de su familia.

Toro Sentado dijo: “Iré con vosotros”. Pidió su mejor vestido. Pidió que ensillaran su mejor caballo, el que yo le había regalado. Ambos pormenores demoraron la salida hasta la primera luz del día. Los que habían danzado aquella noche acudieron con la primera luz del alba y rodearon la casa y al destacamento que la rodeaba. Esperaron.

Toro Sentado traspasó la puerta flanqueado por el Teniente Cabeza de Toro y el Sargento Cabeza Rapada. Cuarenta policías indios vestidos de azul abrían pasillo entre la multitud.

El destino le salió al encuentro a Toro Sentado por boca de su hijo. Aquél al que había entregado el rifle nueve años antes, lo apostrofó ahora. “Tú te llamas bravo. Tú has jurado que nunca te rendirías a un casaca azul, y tú ahora te entregas a unos indios con uniforme azul”.

Toro Sentado se detuvo, sobrecogido. Contempló la multitud que lo rodeaba: todos caminarían por el fuego si él lo pidiera. Todos esperaban su palabra para hacerlo ahora mismo. No pudo resistir su voluntad. Dio la orden, o la acató. En el tiroteo que siguió, una bala le atravesó la cabeza.

A las últimas palabras del Coronel Cody siguió un largo silencio que a mí me pareció obligado respetar. Entendí hasta qué punto aquel hombre añoraba el sol y el aire libre de las praderas. Él comprendía ahora que su circo no era menos ilusorio que la Danza Fantasma de los indios, pero sí mucho más abyecto.

Cuéntame versión 2.0

Diez años después de la muerte del dictador, el coche oficial enlaza los Ministerios de siempre con las renacidas Casas del Pueblo. Esta tarde habrá mitin. El ministro Gonzalo Alvear ha llegado a la sede con su escolta. Se reunirá con la Ejecutiva para explicarle por qué es agua pasada aquello de “OTAN, de entrada no”. Después comerá con el delegado del Gobierno, su mano derecha en la región, y a la tarde baño de multitudes en la plaza de toros y viaje de vuelta a Madrid.

Paco se ha acercado a la Casa del Pueblo a saludar a Gonzalo, su amigo y camarada en la clandestinidad.

Paco es un simple afiliado. Colabora en las campañas electorales. No tiene cargo, pero sabe donde están las escobas para echarle un barrido de urgencia al local o dónde se guardan los megáfonos para los coches. Un divorcio, un hijo temprano y unas oposiciones a Instituto que no salieron bien, le han apartado de la estela de su amigo, que desde un decorativo puesto de Secretario de Formación en la Agrupación Local ha saltado en menos de un lustro todos los escalones que llevan a la capital. Hace tiempo que no se ven, quiere saludarlo y también hablarle de un temilla, a ver si le puede echar una mano. También de lo de la OTAN: no lo ve claro.

Frente a la sede hay tres coches con matrícula del PMM. El del centro, un Dodge 3700, hace sonreír a Paco: aquella mañana de diciembre de 1973 Gonzalo y él subían por Serrano camino del CSIC y no oyeron nada pese a estar tan cerca de Claudio Coello. Gonzalo viaja ahora en el mismo coche que elevó a los cielos al almirante Carrero.

Dos hombres le cierran el paso en el portal. Se identifican, muestran la placa. Paco se tensa, es un reflejo adquirido. Enseña el DNI. Al lado, el carnet del partido, el puño y la rosa, le sirven para sacar pecho: viene a ver a su amigo, el ministro.

En el segundo piso es Mariaje, como siempre, quien abre la puerta. Pero es el secreta que está junto a ella el que lo conduce hasta el despacho del Secretario de Organización, ocupado ahora por un desconocido de cazadora y corbata que le da la mano y le invita a sentarse como si aquella casa fuera suya.

– Soy Manuel Gamón, comisario principal. El ministro está reunido. Después tiene una agenda apretada. Dígame que desea: trataré de gestionárselo.

Paco empieza a decir aquello de “Soy amigo personal de Gonzalo”, y se corta. Está teniendo un déjà vu del individuo con pantalones acampanados, patillas y bigote a lo Sargento Pepper.

– ¿Tú? No es posible.

– ¿Perdón?

– Vaya sorpresa.

– Me confunde.

Paco duda como el que pisa un charco inesperado. Y decide que uno no ha estado en la cárcel el día que murió Franco como para achantarse ahora.

– Te haré memoria: septiembre de 1975.

El comisario se levanta. Cansinamente. Cierra la puerta y se vuelve hacia Paco.

– Aquello no interesa ya a nadie.

– Yo no olvido.

- Vosotros mandáis ahora. ¿Qué más queréis? Nosotros cumplimos nuestro trabajo igual entonces que ahora.
- No entiendo que la gente como tú prospere con nosotros. ¿Qué eras tú? ¿Subinspector? Y ahora, ¿qué me has dicho que eres? ¿Comisario de primera? Has hecho carrera. Y lo que más me jode, con nosotros.
- Mira, tú y yo ahora tenemos el mismo jefe: Gonzalo. Algo tendremos en común los tres. Yo estoy aquí porque todos los gobiernos necesitan buenos profesionales.
- No hemos podido hacer otra cosa que heredar lo que había. Pero no te engañes: no somos iguales. No lo éramos entonces y no lo somos ahora. ¿O quieres que te recuerde lo que hacíais?
- No deberías desafiarme a eso. Si algo tenemos los policías de raza, es una excelente memoria.
- ¿No decías que no te acordabas de mí?
- He tenido ya muchas conversaciones como ésta. Me cansa. Claro que me acuerdo de ti. Liga Comunista Revolucionaria. Tú también has cambiado tus fervores trotskistas de entonces por estas férreas convicciones socialdemócratas de ahora. Es mejor dejarlo.
- No. No olvido lo que pasamos Gonzalo, Luis y yo. Diez días de infierno, a golpes, sin dejarnos dormir.
- Para, para. Algún golpe sí que hubo, pero bien que os vino luego como ejecutoria democrática y antifascista, cuando hubo que cobrar réditos. Y nada que ver con lo de unos años antes: en 1975 estábamos mucho más suaves. Además, cantabais en seguida. Si los que ahora os votan supieran cómo os cagabais encima a las primeras bofetadas...
- ¡Hijo de puta! No queríamos ser mártires gratuitos. Sabíamos que íbamos a ser detenidos. Sabíamos que no podríamos aguantar diez días de interrogatorios. Habíamos calculado la información que tenía que soltar cada uno y cómo ir largándola para dar tiempo a los camaradas a escapar.
- Pues mira, lo sacamos todo, multicopista, pisos francos, veintitantos detenidos. Y no a vuestro ritmo, sino de golpe.
- Lo machacasteis. A Luis lo machacasteis.
- ¿Luis? Me acuerdo perfectamente. Fue el primero que detuvimos, cuatro días antes de trincaros a los demás. Lo hicimos para ponerlos nerviosos y ver si dabais un paso en falso. Ya sabes, la amenaza es más importante que su ejecución. Pero te equivocas. No fue Luis el que cantó. Y eso que recibió lo suyo.
- Con qué tranquilidad hablas de eso. Me das asco.
- Cómodo no era, lo reconozco. Pero que sepas: Luis aguantó todo. El primero, el segundo, el tercero, el cuarto día. ¿Y sabes qué pasó al quinto? Le dio un subidón de pensar que nos había ganado. Porque vuestro objetivo era ése, ¿no?, aguantar cinco días. Luis marcaba con las uñas una raya en la pared del calabozo por cada uno. Sin reloj, sin luz natural. Seguro que contaba los cambios de turno de los guardias. Y cuando llegó a la de cinco, se le fue la olla. En lugar de largar algo, soltar lastre y descansar, tal como habíais calculado hacer después del quinto día, Luis nos decía: “*Os queda un telediario. Vuestro Caudillo no va a comer el turrón. Peor que los de la PIDE. Ellos aún han podido salir por piernas para España, pero vosotros no podréis ir ni a Portugal. Acabareis cazados como conejos*”. Y claro, se llevó alguna hostia de más.
- ¿Alguna hostia, dices? ¿Cómo puedes...?
- Lo que pasó es difícil de creer. Estábamos cuatro. Él, sentado. Yo le había ofrecido un cigarrillo y, mientras le daba fuego, él me decía “*¿qué, luego me lo apagarás en la planta de los pies?*”. Si se hubiera quedado callado, te aseguro que lo hubiéramos dejado en los calabozos los días que quedaban para que no llegara al TOP en un estado demasiado penoso. Pero no, allí estaba, los morros partidos y una

insoponible sonrisa perdonavida. Entonces pasó lo que pasó: uno de nosotros, y te aseguro que no fui yo y que si lo hubiera sido me importaría un comino reconocerlo, le quitó el cigarro y empezó a pasearle la brasa por delante de los ojos. Y él, en un descuido del otro, se tiró de cabeza contra el radiador. Perdió el conocimiento, lo puso todo perdido de sangre. Y ya sí, lo dejamos tranquilo.

– ¡Hijos de puta!

– Dí lo que quieras, pero cuando él llegó a la cárcel y lo contaba, vosotros no le creáis. Pensabais que trataba de taparse. Fuisteis muy injustos con él.

Paco tuvo en la punta de la lengua un “*Y tú, ¿cómo lo sabes?*”. Le contuvo la intuición de que aquello no era ya un charco, sino arenas movedizas. De pronto, sintió que ajustaban las piezas de un puzzle que habían permanecido mal encajadas durante años.

Luis había llegado a la celda con la cara amoratada y un gran costurón en la frente. A nadie se le ocurrió pensar que hubiera podido resistir aquello, entre otras cosas porque alguien, necesariamente alguien tenía que haber cantado. Gonzalo había espantado a todos contando su tropiezo con Luis en un pasillo. Fue al salir de un interrogatorio cuando lo vio, acarreado de los hombros por dos polis, arrastrando los pies y dejando un punteado de lunares rojos en el pasillo. Fue fácil para todos conjurarse con la propuesta de Gonzalo: no dirigirle ni una mala palabra, ni medio reproche. No aludir en ningún momento a lo que había pasado en los interrogatorios. Paco entendía ahora que Luis no pudiera defenderse de una acusación que nadie le formulaba, pero que habría percibido en la indulgencia con la que se le trataba, en la conspiración de silencio en torno a él. Y entre los muros y rejas de la cárcel, donde no había más que un “nosotros” y un “ellos”, Luis se encerró en si mismo, en un rincón del patio, el más desvalido e indefenso de todos. Cuando fue excarcelado, Luis desapareció para siempre.

¿Quién había cantado? Paco recordaba que él recibió la primera bofetada con alivio, porque uno se da cuenta de que duele menos de lo que había esperado. Lo peor, si nunca te han puesto la mano encima, es imaginarte que te van a pegar. Y si en ese momento te cruzas con un guiñapo sanguinolento, como le ocurrió a Gonzalo...

Pero Gonzalo ¿entraba o salía? Gonzalo se tenía que haber equivocado, Los interrogatorios eran de uno en uno, con los mismos polis que utilizaban la información del anterior como palanca para el siguiente. Aquello no encajaba. O encajaba demasiado.

Paco se levanta hacia la puerta. Quiere decir algo a modo de despedida, pero ni él mismo entiende las palabras que vinieron a su boca.

– Entonces, ¿qué quieres que le diga a Gonzalo? -el comisario se adelanta y le abre la puerta.

– Déjalo. Se me ha olvidado.

Por un momento, el destello de una sonrisa cruza el rostro del comisario.

– ¿Vas a ir al mitin? Le gusta mucho que sus amigos le hagan pasillo para saludarlos cuando sube a la tribuna.

– No. Lo de la OTAN ya me lo sé. Y todo lo demás también, la pena es no haberlo aprendido antes.

Renunciamos a todo, menos a la victoria

– ¿Quién mató a Durruti?

Miguel tiró la pregunta encima de la mesa a la vez que el paquete. Juan cogió un Ducados y, con teatralidad circunspecta, le dio fuego a la vez al cigarrillo y a la historia.

Fuera se había echado la niebla y la noche. Las calles del Pozo del Tío Raimundo estaban tan embarradas como en la mejor de las novelas de Gorki. Los cinco nos apretujábamos alrededor de aquella mesa cuadrada de uno y medio por uno y medio, en aquel banco cuyo respaldo corrido eran las tres paredes de la habitación. El aire estaba cargado de humo y el ventanuco empañado del vaho de nuestra respiración y de nuestros sueños de una Aurora Roja sobre Madrid.

– Algo sabes tú cuando preguntas... ¿Dónde estuviste anteayer?

Juan le había dejado el cuatro latas a Miguel y cuando lo recibió de vuelta, se sorprendió de la cifra del cuantakilómetros, suficiente para ir y volver a Alicante, Pamplona o Barcelona. Pero Juan sabía que Miguel no había ido a ninguno de esos sitios.

– En Huesca. Sí, estuve con Jesús Arnal, listillo -Miguel rió socarronamente- Y por lo que me dijo, me podía haber ahorrado el viaje porque las respuestas estaban aquí.

– Ese cura... Nunca entenderé por qué Durruti lo cogió como escribiente. Vale que le salvara la vida, pero de ahí a hacerlo su secretario... ¿Qué te ha contado el cura de Durruti?

– Que no fueron los moros, ni los comunistas, ni sus compañeros. Que se le disparó el naranjero al bajar del coche. Que tú hiciste indagaciones semanas después, y casi te pegan un tiro. Anda, cuenta, cómo fue que te metiste a detective. Qué averiguaste y, sobre todo, por qué no has dicho nada en estos años.

Juan echó una calada:

– Fue su mujer quien me puso en marcha. Pero en realidad fui yo o fuimos todos.

Ninguno de vosotros estuvo en el entierro de Durruti en Barcelona. Caótico, grandioso. El féretro, la comitiva, se atascó entre las calles repletas de gente y no pudo llegar al cementerio antes del anochecer. Tuvieron que volverse y enterrarlo al día siguiente. Todo, por un hombre al que amortajaron con ropa prestada, porque en su maleta solo tenía una muda de ropa interior.

Eso ya lo sabéis, os lo he contado muchas veces. Y también la versión oficial de su muerte: que le habían disparado los moros desde una ventana del Clínico, cuando inspeccionaba el frente. Pero quién cree las versiones oficiales. La radio fascista decía que lo habían matado los comunistas. Los comunistas, que habían sido los propios milicianos de Durruti cuando trataba de contener su desbandada.

La guerra era así: muerte en el frente, insidias en la retaguardia.

La insidia no lo sería si no tuviera algo de verdad. Que los comunistas desviaban hacia sus unidades el armamento que llegaba, que trataban de asfixiar a las columnas anarquistas, eso era verdad. Que en la columna de Durruti no había grados ni disciplina militar, que combatían a su manera, con mucha fe pero bastante desorden, eso también era verdad. Y verdad que a veces la fe se resquebrajaba, como a veces se rompe también la disciplina más rigurosa.

El día que murió, sus milicianos llevaban treinta y seis horas combatiendo, sin comer. De mil setecientos que habían llegado a Madrid unos días antes, faltaban mil y quedaban setecientos. Luchaban piso por piso en la Ciudad Universitaria contra moros y regulares. Durruti se peleaba con Miaja para que diera relevo a sus hombres, y con sus hombres para que aguantaran al enemigo.

Durruti hubiera podido morir así, con los brazos abiertos empujando a sus hombres de vuelta a la pelea. Pero tan inconcebible era que ellos dispararan contra él, como él contra ellos. En su credo, revolución y guerra eran inseparables.

Por eso, cuando a las pocas semanas de su muerte oímos que la radio ponía en su boca aquella frase, “*Renunciamos a todo menos a la victoria*”, y que la usaban para justificar justamente lo que él no quería, para instaurar los grados y la disciplina militar entre las columnas anarquistas, para aplazar la revolución sin fecha hasta ganar la guerra, todos sentimos ese desaliento de los niños cuando les mienten las personas en las que confían.

Me llegó recado de Emilienne, la mujer de Durruti. Seguía en Barcelona. Su hija tenía siete años y apenas había conocido a su padre, siempre escondido o encarcelado.

– Tú sabes que eso no lo pudo decir Durruti.

– Emilienne, tú lo conocías mejor que yo. Pero la guerra nos está cambiando a todos.

– ¿Sabes quién ha puesto esa frase en labios de Durruti?

– No.

– Un periodista soviético, Ilia Ehrenburg. Después la han repetido los demás. Hasta la *Soli*.

– Todo el mundo quiere apropiarse de Durruti.

– Mira.

Me enseñaba el chaquetón de Durruti, ése con el que sale en las fotografías. Tenía un agujero con un círculo quemado.

– ¿Pediste explicaciones?

– La Montseny me dijo que había sido un accidente, que se le disparó el naranjero al subir al coche.

– El naranjero no tiene seguro. Hay muchos accidentes por éso. ¿Te han dicho por qué lo callaron?

Omití que Durruti no lo utilizaba. Prefería la pistola. Pero saber eso, ¿para qué le servía a Emilienne?

– Me dijeron que no querían alentar la desconfianza entre nosotros. Ya sabes: traidores, quintacolumna. La creí. ¿Por qué no? Pero ahora, ver como trafican con sus palabras me hace sospechar. Quiero saber la verdad.

La verdad. Dicen que en una guerra es la primera víctima. Y me pedían que la rescatara sana y salva entre tantos muertos. Pero me lo pedían la mujer de Durruti, su hija, la clase obrera, todos los que se desangraban en las trincheras. Así que me puse en marcha.

Unos días después estaba en Madrid. Los *Amigos de Durruti* me proporcionaron salvoconducto como corresponsal de *Tierra y Libertad*.

Pospuse dejarme caer por el *Florida*. De los muchos fantasmas que allí se emborrachaban, sólo Ilia Ehrenburg me interesaba. Pero mi ajuste de cuentas personal con él podía aplazarlo.

Primero estuve con el cura. Él me dio los hilos de los que tirar. Le até diciéndole que mi presencia allí era secreto de confesión. Deberías haberle preguntado si lo respetó. Yo creo que no.

Localicé al doctor Santamaría. Un periodista con pistola y pañuelo de la FAI es persuasivo. ¿Obtuve la verdad? Algo muy parecido. Cuando le trajeron al herido, barruntó quién era y supo que los que lo traían mentían: la bala había sido disparada a menos de quince centímetros, no desde seiscientos metros. Eso se lo saqué fácil, me bastó con mencionar el chaquetón.

Si hubiera sido un miliciano cualquiera, si no lo hubieran traído envuelto en una explicación inverosímil, el doctor Santamaría hubiera operado en seguida. Pero su fallecimiento hubiera sido igual de probable, así que el doctor se cubrió, no quiso arriesgarse a ser el chivo expiatorio que encubriera un ajuste de cuentas. Consultó con sus colegas, tan intimidados como él por la escolta de Durruti, y acabaron llamando al doctor Bastos, que operaba en otro hospital. Los unos por los otros, nadie hizo nada por Durruti, salvo atiborrarle de morfina hasta que murió. ¡Qué casualidad, el mismo día y más o menos a la misma hora que el pistolero señorito en Alicante!

Me despedí asegurándole que Durruti estaba muerto y yo no pensaba publicar nada, pero que esperaba de él que, si alguna vez llegaba el momento, fuera leal a lo que sus ojos habían visto.

Para ver a Bonilla, uno de los escoltas que viajaba en el segundo coche, tuve que mostrarme entre los ambientes de la columna Durruti, que ahora no era tal, sino la División 26 del Ejército de la República. Ya no había milicianos, sino soldados.

Bonilla me confirmó que en el Packard no iban más que el chófer y, detrás, Durruti y su asistente, José Manzana. En el camino atajaron a unos milicianos que se volvían. Durruti bajó, habló con ellos, los encaminó de vuelta. No oyeron disparos. Al reanudar la marcha, el coche de los escoltas debía arrancar primero, porque guiaba. Pero el Packard de Durruti salió disparado, sin esperarles. Camino del hospital.

Durruti llevaba pistola sobaquera, Manzana un subfusil.

Ya sabía quién había disparado. Me faltaba el motivo.

Tenía que apresurarme. Bonilla no se iría de la lengua de motu proprio, pero yo llevaba tres días dejándome ver. Y de Jesús Arnal, no me fiaba.

Manzana era sargento de artillería. Se había pasado a las milicias durante el asalto a las Atarazanas, en medio del tiroteo. Durruti lo llevaba como consejero técnico. Confiaba en él. Pero cuatro meses es poco tiempo para conocer a un hombre.

Localicé al chófer. Lo tenía contra una pared, cuando me pusieron por detrás la bocacha de un naranjero. Era Manzana. Con las estrellas de coronel.

No estaría yo aquí contando esto si Manzana me hubiera disparado. Pero faltó poco. Antes de que lo hiciera, se oyeron voces de unos milicianos que pasaban. Creí reconocer una de ellas. Llamé en voz alta. A Manzana no le quedó más remedio que llevarme ante Ricardo, el jefe de la División. Después de unos días de encierro para intimidarme, me soltó y me dijo: “*Cuando acabe la guerra, se sabrá la verdad*”. Ni siquiera dijo “cuando ganemos la guerra”.

Sí, compañeros. En noviembre del 36 la revolución ya estaba derrotada. Y la guerra, perdida. Los dos años y medio que siguieron, luchamos como fieras acorraladas entre un enemigo cada vez más poderoso y la total falta de esperanza.

Volví a Barcelona. Me cité con Emilienne discretamente. No quise ser piadoso. Sólo dejé la duda de que a Manzana se le disparara el naranjero por accidente. Yo no la tengo.

Cuando terminé de contarle, me dijo que se volvía a Francia. Se produjo un largo silencio entre nosotros. Como si quisiera justificarse, ella continuó:

– ¿Sabes?, yo le llamaba por teléfono siempre que podía. El se ponía al aparato, hosco: “*¿Qué pasa?*”. Le quitaba tiempo, le ocupaba la mente, le ocupaba la línea telefónica que hacía falta para la columna, y hablar por teléfono con la mujer era un privilegio que no tenían los demás milicianos. Yo, después de colgar, lloraba.

«Uno que estaba con él durante una de esas llamadas, me contó que al terminar le dijo: “Mierda, José, mierda. La guerra nos convierte en chacales”.

«Sí, renuncio. Renuncio a haberle llamado y a haberle importunado. Sabía desde que lo conocí que él moriría así. Ya está, él ha muerto. Ahora tengo que cuidar de mi hija.

«Y además, la verdad es otra: a Durruti lo mató Durruti. Durruti murió porque no renunciaba a nada.

Al fondo, contra la pared

Allá al fondo hay mesa libre. ¿Te importa? No me gusta sentarme cerca de la puerta, ni dar la espalda al pasillo. Una rareza, lo sé. ¿Te sonríes? ¿Piensas que alguien que ha estado treinta años en la cárcel no puede haber quedado bien, que tiene que salir tocado? Pues sí. No sé. Me dan lo mismo los encasillamientos. Cada vida es única. No me siento lástima, ni un héroe. Tampoco un villano.

Pero de eso se trata, ¿no? Vas a alimentar esos tópicos, porque sin tópicos no podrás trazar un retrato de grupo de los viejos gudarís. Saldrá tu libro, precedido de un reportaje o un avance en algún periódico o en un suplemento semanal. ¿No se hace así el marketing? Se harán películas también. Mucho me temo que los que hemos vivido todo eso, nos veremos condenados a revivirlo una y otra vez. Manipulareis nuestros relatos para que os encajen a vosotros, sin duda. Y hasta conseguiréis que cambiemos nuestros recuerdos, que creamos haber vivido algo distinto de lo que fue.

No confío en ti. Especulas con una tendencia innata a la confidencia por parte de alguien como yo, que se ha comido el tarro en soledad durante muchos años. Creo que quieres sacarme lo que quieres oír, quieres que confirme lo que tú ya has pensado dar masticado a tus lectores.

Me gustaría estropear tu libro. Al menos, que no puedas citarme para escribirlo.

Café, sí. Solo. Gracias. ¿Sabes por qué me cogieron? Por una taza de café. Fue una ekintza en un bar. Al tipo lo teníamos enfilado desde hacía meses, años. Su coche ya había ardidado una madrugada. Una noche, un cóctel molotov había reventado en una llamarada contra el balcón de su casa. Pero el tipo no se iba del pueblo. Nos desafiaba.

Sabía moverse, era un txakurra. De los de txapela, pero txakurra. Fue difícil cazarlo. La única rutina que repetía era tomarse un café al comienzo de la mañana en el mismo bar. Un bar cutrecillo, de los que no invitan si vas por la calle. Una barra alargada, paralela al pasillo, y un pequeño rincón al fondo con dos o tres mesas de madera fijas al suelo y bancos corridos, adosados a la pared y forrados de un skai rojo mugriento.

Lo normal hubiera sido entrar dos con las pistolas ya amartilladas y tirotearlo antes de que levantara la vista. Pero él se sentaba siempre en la misma mesa, al fondo, con la espalda contra la pared, vigilando la puerta. Quizás le hubiera dado tiempo a sacar la pistola. No sabíamos. El pasillo era largo y estrecho, podía haber más o menos gente, obstáculos, imprevistos. Tuvimos que arriesgar. Lo hice yo solo. Le esperé en la barra. Le dejé entrar, sentarse, pedir su café, encenderse un pitillo. Di tiempo a que el bar se vaciara, a que solo quedaran otros dos clientes. Acabé mi café. Me aseguré de que la camarera dejaba mi taza en la fregadera. Entonces me di la vuelta con la pistola en la mano y disparé. Cuatro tiros, tres segundos.

Los jueces han cargado mi sumario con otras muertes. Ésta es la única de la que recuerdo el rostro. Una bomba detonada a distancia, un patrol verde volcando a cámara lenta no deja recuerdos. Un cuerpo que se desploma, la cabeza taladrada por un coágulo, es una película que te pasa una y otra vez delante de los ojos. En el cine evito ver escenas como ésa. Cuando un zapeo casual me coloca delante de una de ellas, me quedo atrapado. Me repele, pero no puedo sustraerme.

Al hacerlo, yo no sentía nada, ni aprensión, ni siquiera miedo. Era después, a salvo en mi escondite, cuando me temblaba todo el cuerpo. Ansiedad, excitación, pánico. Un júbilo desaforado por haber salido indemne, por haber conseguido el objetivo.

Aquel día yo no sabía a quién ejecutaba. Me habían pasado su descripción, había visto fotos. Sabía su nombre, dónde vivía, que tenía esposa y dos niños pequeños, cómo era su coche, a qué hora salía de casa, qué solía hacer los días que trabajaba y los que no. Pero no sabía quién era. Después de hacerlo, su rostro

se multiplicó por todas partes. Pantallas y periódicos fundían su imagen con la que yo recordaba resbalando desde la mesa al suelo, crispada, sorprendida, ensangrentada, muerta. Supe que años atrás él también había militado en ETA. Muchos años atrás. Lo leí en un periódico. No pedí explicaciones. Eran tiempos unánimes.

Alguien puso flores y velas junto a la puerta del bar. A la noche otras manos dejaron claro que solo nuestros muertos tenían derecho a la memoria. Hubo pleno municipal, tumultuario en personas y en argumentos sostenidos con los puños. Entonces vi a su hermana por primera vez. Como una gorgona: me fascinaba y me repelía al mismo tiempo. Era una mujer atractiva, pero en ella estaba también el rostro de su hermano. ¿No son eso, los rasgos de familia, como un mínimo común denominador, esa nariz, esos ojos, esa boca? La verdad es que ella era una mujer guapa. Si al menos su cara se hubiera deslustrado entre sollozos histéricos y gritos vulgares. Al contrario: entre tanto aspaviento a su alrededor, su gesto era intensamente sobrio. La oí en las entrevistas: sus palabras estaban afiladas por el dolor y la rabia. Yo tenía argumentos sobrados para rechazarlas: no me había metido en esto como un tonto. Más de una vez me encontré debatiendo a solas con ella, contra ella, en el espacio imaginario de mi mente. Yo lamentaba la muerte de su hermano. Pero él se había colocado frente a nosotros, contra nuestro pueblo, contra su destino. Y también pudo ocurrir que fuera yo el que cayera, en lugar de él. Estábamos en guerra, había ocurrido.

Durante años viví la doble vida del comando legal. Daba un palo y me escondía en la rutina diaria. En el trabajo, en el bar, en la herriko taberna, en el equipo de rugby donde jugaba, la gente a mi alrededor, conocidos, amigos, familiares, todos comentaban el suceso con admiración o con sorpresa. Ninguno se imaginaba que yo era la serpiente que había dado el hachazo.

Mientras tanto la mujer y los dos hijos de él siguieron allí en el pueblo. Años atrás hubieran perdido amigos y saludos por la calle, se hubieran marchado a la capital, a otro pueblo donde no los conocieran. Lo cierto es que se quedaron. Los tiempos estaban cambiando.

Ella... ella seguía apareciendo en público. Como una erinia de nuestros actos, allí donde había un funeral, una viuda, unos huérfanos, aparecía ella para reclamar la venganza por esa nueva muerte que era también la de su hermano. Nos desafiaba. Se convirtió en un nuevo objetivo para nosotros. Otros la vigilaron, la espionaron. Me pasaron los datos. Una mañana la esperé frente a su piso. Había un bar y una cristalera para ver toda la calle. La vi salir con sus hijos camino del colegio y un hombre detrás. Pero me pareció que no era yo el único que observaba. Contravigilancia, casi seguro. Desaconsejé la ekintza con alivio.

Me pillaron por la taza de café. La camarera no había fregado la taza. La rescataron del montón, la analizaron. Años después, alguien bastante listo encargó que se hicieran etilometrías fingidamente casuales a una lista de personas. Por qué tardaron tanto en pillarme, no lo sé. Bueno, si lo sé. El abogado ya me dijo, que tenían muestras más de saliva más desde tiempo antes, pero que la máquina del ADN no había funcionado bien. Y no por casualidad, supongo. Eran otros tiempos, teníamos gente que echaba un cable con disimulo. Esta vez no, esta vez el laboratorio me señaló. Me siguieron, me vigilaron y, cuando les pareció oportuno, me echaron el guante, a mí y a mis compañeros de talde. Empezó otra etapa de mi vida, la más larga o la más corta, según se mire.

Te preparas para la tortura, para el dolor, y con lo que tienes que lidiar realmente es con tu propio miedo, la desorientación, tus inseguridades. Te han dicho tantas cosas, que es peor cuando esperas a que suceda que lo que realmente acaba sucediendo. Cuando me tocó a mí, se pasaba más fácil por comisaría. Además, se trataba de la Ertzantza, no de la Guardia Civil. Pero eso lo percibes después, cuando llegas a la cárcel. En comisaría el mundo se cierra a tu alrededor, como si hubieran bajado las persianas. De pronto dependes para todo de unos tipos que son tus enemigos. Para ir a mear, para que te dejen echar una calada a un cigarrillo, para que el malo no te aostie como ha prometido. Se te salen los zapatos porque te quitan los cordones y se te caen los pantalones porque no puedes llevar correa y porque en cinco días adelgazas una

talla. No duermes o te cuesta dormir, pero cuando cierras los ojos te pegas horas de un tirón y no sueñas, de tan alerta que estás a lo que te pueda pasar.

No les hacía falta ser duros conmigo. Descubres de pronto que ellos te tienen trincado de mil maneras, con escuchas, huellas, vigilancias. Te lo ponen todo delante y tú solo tienes que mover la cabeza para decir que sí una y otra vez, y al final de todo firmar. Si hubieran sido otros tiempos... yo creo que si hubieran sido otros tiempos y caigo en manos de la Guardia Civil, igual no salgo vivo de allí. O salgo muy tocado. La gente que ha tenido una experiencia dura en comisaría o en un cuartel, no habla nunca de eso. Cuentan cosas sueltas, que si la bañera o una bolsa de plástico en la cabeza. Pero el quid de los interrogatorios no está en eso, en hacerte daño. ¿Tú sabes cómo te anestesian para operarte de la vista? Te meten una aguja por debajo del párpado que te hace sentir el dolor desde el ojo hasta la nuca. Si eso te lo hicieran en un interrogatorio, te derrumbarías. Yo al menos no lo aguantaría. Y sin embargo, se hace todos los días en los hospitales y la gente va de buen grado a que le hagan eso. No, en un interrogatorio lo que ellos pretenden es otra cosa: hacerte creer lo que no es, cambiar tu realidad. A uno le quieren convencer de que su compañero de talde ha cantado, o de que tienen detenida a su novia o a su hermana y que le van a hacer esto o aquello. Lo difícil no es aguantar el dolor, lo difícil es mantener la cabeza, saber quién eres, por qué estás ahí y qué tienes que hacer y decir cuando a tu alrededor parece que se ha derrumbado todo.

La cárcel, cuando por fin llegas, es una liberación. Aunque sea la cárcel. Estás con los tuyos. Los compañeros te aplauden, tú rebotas orgullo. Sabes que en tu pueblo ha sorprendido tu detención. Ahora todos saben que eres un gudari. Te has convertido en un referente, en un ejemplo para los demás. Llegan las visitas, las cartas de ánimo. Durante el primer año solo respiras una frase para todos los demás: “jo-ta-ke irabazi arte”.

Pero eso es el primer año. Luego llegan los juicios. A ella volví a verla en el juicio por la muerte de su hermano. Estaba entre el público. No me quitaba la vista de encima, ni siquiera cuando hablaba el fiscal o el abogado. Yo no pude evitar cruzar la mirada con ella: sentí la vergüenza del que ofende. Al poco, los tres que estábamos dentro de la pecera nos levantamos, aporreamos los cristales, desafiamos al tribunal, nos sacaron de la sala. No es lo que yo hubiera querido hacer delante de ella. Tampoco sé lo que le hubiera dicho entonces, si hubiera tenido ocasión. Pero no eso.

Durante los tres primeros años los juicios se suceden y las sentencias van sumando condenas imposibles de cumplir. No te preocupas: llegará la amnistía y barrerá con todo. Para los que acabábamos de llegar, la amnistía era una certeza. Para los que llevaban mucho tiempo, una esperanza.

Dentro de la cárcel los presos hacíamos piña, frente común, huelgas, plantes. El grupo se cementa con el odio, y el odio hay que cultivarlo con acciones, represalias y reacciones.

De los de fuera se espera un apoyo sin fisuras. Yo encontré pareja al poco de entrar en la cárcel, quién me lo iba a decir. Su nombre, Haitze, significa viento o susurro. Solía atender la barra de la herriko taberna en fiestas. Una vez la acompañé a su casa. Haitze apareció un día de visita acompañando a mi madre. Nada ocurre en este mundo de los presos y sus familias que no haya sido pensado, estudiado. Fue ella la que propuso, me pidió un vis a vis. No sé qué pude haber sido yo para ella. Quizás le bastaba con pasearse por el pueblo como la novia de un gudari. A mí, en todo caso, cada vez que se marchaba me dejaba una melancolía infinita. ¿Por ella? Entonces pensaba que sí, incluso que estaba enamorado. En realidad era la tristeza del preso.

Un día me dijeron: tu madre ha muerto en una carretera de Soria cuando venía de visitarte. Otro día me trasladaron al pueblo para asistir al entierro de mi padre. Otro día me dijeron que Haitze había pasado la muga. Seguramente era necesario su aliento allí para la lucha. No me dijeron que también susurraba palabras de amor para otro hombre. Era lógico que lo hiciera. ¿Qué puede dar un preso?

En la cárcel la vida se congela, el tiempo no. Recurrentemente, caía en mis manos un artículo de ella, una entrevista con ella, la hermana. También en su cara aparecían surcos y el color de su pelo cambió del negro azabache a ese rojo caoba con el que las mujeres tapan las canas. Solo un rostro no envejecía: el de su hermano tiroteado, contorsionado, cayendo al suelo entre regueros de sangre.

La derrota llegó a paso lento. Compañeros que elegían abogados diferentes de los que señalaba la dirección. Compañeros que no secundaban las protestas, que no las consideraban “oportunas”. Los que, sin dar explicaciones, optaban por hacer su estancia en la cárcel lo más corta posible. Calculados traslados, que aislaban a los duros, protegían a los que se acomodaban, golpeaban al que ofrecía la consistencia quebradiza del cristal.

Entremedias, las treguas, las sucesivas treguas. Tanta esperanza se abría, tanta era la decepción cuando meses después se rompía la tregua. Las detenciones no cejaban, las ekintzas se espaciaban, cada vez menos contundentes. Llegó un momento en el que ya no había treguas que ofrecer, que la amnistía, certeza de antaño, pasó a ser una quimera.

Antes, los que cumplían su condena eran recibidos a la salida de la cárcel, acompañados en comitiva hasta su pueblo, celebrados con un aurreku, un nombre para una calle, un lugar de honor en las fiestas. Con la derrota, sólo venían a la puerta de la cárcel apenas unos pocos amigos y familiares. Cuando me tocó a mí, treinta años cumplidos, le dije al abogado que mintiera sobre la fecha de mi salida, no sea que alguno se acordara de mí. Volví al pueblo solo, un largo viaje, llenándome los ojos de calle.

¿Sabes lo primero que hace un preso? Caminar sin límites, caminar hasta quedar exhausto sin necesidad de dar media vuelta cada cincuenta pasos delante de una pared. Caminé tanto, que era de esperar que ocurriera: vivimos en el mismo pueblo. Yo seguía atrapado en mi rutina compulsiva de paseos. Nos sorprendimos los dos, tan cerca. Ella iba del brazo de un hombre. Lo soltó, dio dos pasos hacia mí, lentos. Era una anciana. Una anciana no mucho mayor que yo. Me llamó “Asesino” con una voz tan baja que nadie más lo oyó.

Me sentí herido, dolido, rechazado. Furioso. Y al mismo tiempo, no la eludí. No me di la vuelta. Tampoco la enfrenté desafiante. Me quedé ante ella, con la cabeza agachada, un poco de lado. Dije “lo siento”. No sé si me oyó. Ya se había marchado.

Sigo paseando para encontrarla. La veo venir de lejos. Entonces me aparto, cambio mi camino. Sé que mi presencia le resulta odiosa. Quisiera hablar con ella, explicarle, pedirle perdón. ¿Pero cómo se le pide perdón a quién no te va a perdonar? Entonces me enfado con ella porque no me perdona.

He averiguado su dirección. Le escribo una carta, una sola carta que repaso una y otra vez, pero que no he llegado nunca a enviar.

Le digo que no soy un monstruo. Que un individuo normal, corriente, puede empuñar una pistola y matar. Le hablo del que tira una bengala en el graderío sur. Eso nunca se hace solo. Se va en grupo, en cuadrilla, animado, jaleado. Las pistolas las empuñan unos pocos. Los más decididos, ¿son más culpables que los que jalean, aplauden, calientan el partido?

Por qué, cómo se llegó a eso, todos sabemos cómo ha sido. Un poeta escribió un verso, un verso que hablaba de piedras y de pueblo y que ha sido como una losa para este pueblo. Harri eta herri. “Defenderé la casa de mi padre”. Yo nací aquí, en este pueblo. Abracé la causa, canté los versos. Era joven.

Han pasado muchos años desde entonces. Mi vida entera. Y ahora me siento aquí, al fondo, la espalda contra la pared. Le escribo la carta de nuevo y sé que no se la puedo enviar. No hay en mi carta ninguna razón para que me perdone.

¡Viva Palas Atenea!

– ¡Viva Palas Atenea!

La primera vez que escuché su grito de guerra, no supe qué pensar. Luego, como todos los que le tratábamos, me habitué a su cantinela.

– ¡Viva Palas Atenea!

Su mujer, Sofía, era treinta años más joven y un palmo más alta. Yo la había visto por primera vez, adornada con las presuntas joyas de Helena de Troya, en la foto con la que su marido publicitaba sus hallazgos más apasionados que rigurosos. Aquellos sucios tonos grises del Frankfurter Zeitung dieron un objetivo a mi vida: decidí ser arqueólogo.

La segunda vez que la vi, siete años más tarde, también lucía las joyas. El color era verdadero. Ella, de carne y hueso. Las joyas, falsas.

Pero empecemos por el principio.

El año anterior había conseguido que su marido me tomara como colaborador. Fue, por su parte, una especie de tanteo. Yo venía de excavar en Olimpia bajo la dirección su más encarnizado rival, el doctor Ernst Curtius. Durante aquellos meses junto a él, en Orcómenos, tuve que usar todo mi tacto para que mis observaciones no fueran tomadas como censuras. No lo debí hacer mal, siempre he tenido la capacidad de los seductores para insinuar y conquistar voluntades. Los mosquitos del lago Copais forjaron entre nosotros un lazo de camaradería, y algún tiempo después me pidió que lo acompañara en una nueva campaña sobre las ruinas de Troya.

Un día recibí una invitación para comer en Iliou Melathron.

Solo por su nombre, la “cabaña de Ilión”, ya se delataba que aquel hombre había enterrado la vida de su familia en un museo. Los jardines rebosaban estatuas y surtidores. La planta baja estaba circundada de columnas y nichos con más estatuas. Sobre el frontis de la puerta principal colgaba la metopa de Helios, otro de sus hallazgos en Troya. La escalinata interior era de mármol del Pentélico. Suelos y paredes estaban decorados con mosaicos al modo pompeyano, con angelotes entre columnas y pilastras, y pomposas citas de Homero y de los filósofos griegos sobre los dinteles de las puertas. En los dos despachos y en la biblioteca, diversas vitrinas exponían monedas, joyas y reliquias de sus excavaciones.

Me recibió Belerofonte, el portero. Cada miembro de aquella casa llevaba el nombre de un personaje homérico. El jardinero se llamaba Príamo. El cochero, Calcas. Las dos niñeras, Dánae y Polixena. Los hijos de Schliemann, niños intemporales como los que se encuentran en todas partes, se llamaban Andrómaca, la mayor, y Agamenón, el pequeño. En sus bautizos se había leído la Ilíada, al igual que en su boda con Sofía.

– Nosotros vivimos en el mundo helénico – explicó Schliemann durante la comida.

– Pero usted no ha cambiado su nombre.

– ¿Cómo? ¿Se imagina los problemas que tendría para acreditar una nueva firma con notarios, bancos y registros de la propiedad en Grecia, San Petersburgo, París, Londres, Indiana, Nueva York?

– Es una pena. Me atrevo a sugerirle que, si lo pudiera hacer, escogiera el nombre de Odiseo.

– ¿Usted cree?

– Un hombre que ha naufragado dos veces; que ha atravesado a pie el istmo de Panamá, enfermo de malaria, y que ha defendido su cofre lleno de oro con un revólver y un cuchillo, sin permitirse dormir por

miedo a que sus compañeros de viaje lo mataran y robaran; un hombre que puede hablar en primera persona de las cumbres nevadas del Himalaya, de la Gran Muralla, de los Palacios Imperiales de Pekín, de Yedo, la ciudad sagrada de Japón donde los extranjeros corren riesgo de ser asesinados; un hombre así merece llevar el nombre de aquel otro fecundo en ardid. -me abstuve de añadir “por muy pequeño de estatura que sea”

– Y usted, frau Schliemann – añadí dirigiéndome a Sofía-, podría elegir Helena, por su belleza, o Penélope, por la constancia con la que aguarda el regreso de su esposo, siempre de viaje de excavación en excavación.

– Yo lo acompañaría más a menudo, pero...

– Los hijos... – terció Schliemann-. Sepa usted que no he tenido capataz ni lugarteniente más competente.

Schliemann no exageraba. En Olimpia, el doctor Curtius ya hablaba con admiración de la esposa de Schliemann, capaz de meter en vereda a la cuadrilla más insolente de peones.

– Recuerdo – siguió Schliemann- cuando desenterramos el tesoro de Príamo: supo encontrar un pretexto para enviar los obreros a casa sin despertar sospechas. Así pudimos sacar el cofre sin que nadie nos viera.

– Realmente, la arqueología le debe mucho, frau Schliemann.

– Mi marido me lo ha enseñado todo – respondió ella mirándolo con un gesto de devoción que me pareció ritualizado.

– Sofía, haznos el favor: ponte el tocado de Príamo – dijo Schliemann.

Sofía me miró como si necesitara mi permiso.

– Sí, por favor: se lo ruego.

Cuando Sofía volvió a la mesa, los sucios tonos grises de mi memoria se llenaron de colores rutilantes. Había cambiado sus vestidos por el traje típico griego. El oro del collar, de las bandas que caían desde sus sienes, de los larguísimos pendientes, se derramaba sobre su corpiño azul, turgente y palpitante. Su cabello oscuro como ala de cuervo, ceñido por la diadema, prestaba su brillo al oro de Príamo. Su boca de fresa y nata lo eclipsaba. Era Helena de Troya revivida la que posaba para mí, la que me ofrecía graciosamente uno u otro de sus perfiles, la que me sonreía y me miraba de soslayo.

Me sentí ladrón, profanador.

– Como usted sabe, las joyas originales – aclaró Schliemann- llevan tres años expuestas en Londres. Confío en su discreción para que no trascienda la existencia de este duplicado.

Schliemann había sacado el tesoro fuera de Grecia para protegerlo del pleito por expolio que se le seguía en los tribunales de Atenas a instancias del gobierno turco. Redoblando cautelas, había hecho copiar las joyas. Este tipo de actos eran precisamente los que daban pábulo a las sombras de fraude y falsificación sobre sus hallazgos.

Y sin embargo, pensaba yo, la mejor de sus joyas era esa mujer tan hermosa y tan joven. Compadecí su vida junto a un hombre que la había sometido a un examen de cultura homérica para elegirla como esposa entre más de treinta candidatas que habían respondido a su anuncio; un hombre cuyos caprichos la obligaban a hablar en griego arcaico, a aprender alemán, a bautizar a sus hijos con nombres extravagantes, a vivir en un palacio fastuoso pero al que le faltaban muchas de las comodidades de la vida moderna porque no eran “homéricas”.

Meses después acompañé a Schliemann a la que sería su última campaña en Hissarlik. Nuestra amistad pasó un momento difícil cuando cuestioné que la Troya de Homero correspondiera al nivel en el que él había encontrado el Tesoro. Era una ciudad demasiado pequeña, mientras que la predecesora, mucho más

grande, mostraba signos inequívocos de destrucción violenta. Para mi sorpresa, aceptó mis conclusiones. Solo me pidió que no adelantara nada a mis corresponsales en Berlín, especialmente al doctor Curtius.

Después de Troya, excavamos en Tirinto. Ya tenía su confianza. Yo le dejaba a él todo el mérito de los hallazgos, aún cuando sus conclusiones fueran en gran medida inspiradas por mí.

De vuelta en Atenas, me hice habitual de Iliou Melathron. Acudía a cualquier hora y, si el doctor había salido, jugaba con Andrómaca y Agamenón. Sofía decía que Heinrich pasaba poco tiempo en casa, y que ni ellos ni ella tenían ocasión de mejorar su alemán más allá del que aprendían con las institutrices. Sofía me consultaba a veces expresiones difíciles en las revistas de moda que le traían de Berlín o Viena.

Un día la encontré leyendo algo diferente.

– Una novela muy atrevida, frau Schliemann.

– ¿Usted cree? ¿La ha leído?

– Es lo que dice todo el mundo. Trata de una esposa adúltera, si mal no recuerdo.

– Espero que no me denunciará usted a mi marido.

Reímos.

– En todo caso puede alegar en su defensa los muchos adulterios que cuenta Homero, empezando por la mismísima Helena.

– Es usted muy imaginativo, herr Dörpfeld. No me había parado a pensar en lo que pudieran tener en común Helena de Troya y Madame Bovary.

– Los hombres de entonces, como los de ahora, aman a las mujeres sin pensar ni ponerse en el lugar de ellas -Sofía me miraba intensamente-. Ni Menelao ni Charles Bovary se preguntaron nunca qué había empujado a su mujer a serles infiel.

Sofía iba a responderme. En ese momento se oyeron pasos que llegaban y ella cambió bruscamente de conversación.

Poco después, Schliemann emprendió viaje a Egipto. Decliné acompañarle: Alejandría no me interesaba. Fui al muelle a despedirlo, junto con Sofía, Andrómaca y Agamenón. Calcas, el cochero, nos esperaba con el carruaje.

– ¡Viva Palas Atenea! – gritaba el doctor Schliemann desde la cubierta del barco.

– ¡Viva Palas Atenea! – repetían los niños, mientras Sofía y yo movíamos la mano de un lado a otro.

El barco se fue. Dejé de frecuentar Iliou Melathron. Se me hizo eterna la espera, hasta que al cuarto día recibí lo que esperaba: un billete de Sofía que preguntaba “Herr Dörpfeld, ¿ya no le interesa nuestra compañía? Los niños y yo estamos olvidando la lengua de Goethe”. Acudí.

– ¿Por qué ha dejado de visitarnos?

– Me pareció que no estando herr Schliemann...

– No sea tonto. Mi marido confía en usted.

– Lo sé. Me honra. Pero...

Me quedé callado.

– Siga. ¿Qué le ocurre?

– Yo, quizás, no puedo evitar sentir...

Alea jacta est. No me costó mucho simular que estaba temblando.

– bueno, no me siento capaz de responder a esa confianza. Lo siento, Sofía, si la he ofendido. No volveré más por esta casa, si me lo pide.

Ahora, cuando recuerdo aquella escena, me maravillo de la habilidad de Sofía para hacerme creer en todo momento que yo era el seductor, cuando en realidad lo éramos los dos.

– Yo, Guillermo, siento lo mismo que tú.

Y con estas palabras se abrió para mí el tesoro escondido de Helena de Troya. Como todo caballero, no puedo hablar de lo que siguió,

Las excavaciones más felices de mi vida se interrumpieron cuando Schliemann volvió de Egipto con un busto de Cleopatra y mucho más sordo que cuando se marchó. Sus gritos de ¡Viva Palas Atenea! arreciaban de tal manera que quien no lo conociera lo hubiera tratado de loco de atar. Un año después decidió operarse de su sordera en Alemania. En el viaje de vuelta, en Nápoles, cayó fulminado en medio de la calle. La autopsia descubrió que los pólipos extirpados ya habían dañado también su cerebro.

Cuando el cadáver llegó a Atenas, Sofía me pidió que pronunciara el discurso fúnebre. Lo hice de corazón. Admiraba a aquel hombre cuyo impulso había revolucionado la arqueología. Compartía su pasión por Homero. Yo le había superado en amor por Helena de Troya.

El discurso en su memoria acabó como ustedes pueden suponer:

¡Viva Palas Atenea!

Soy ingeniera agrónoma, máster en Agrobiología Ambiental. Tengo publicado en el CSIC un estudio sobre el origen del cultivo de la patata que me llevó dos años de trabajo de campo en Ecuador y Perú.

Tanto currículum no me da ninguna autoridad sobre la huerta de mi abuelo. Para él, sigo siendo la misma niña que hace muchos años se entretenía rebuscando escarabajos entre las matas de sus patatas y corría a enseñárselos.

Tiene noventa años. Baja a la huerta todos los días. Sube deslomado, sediento, boqueando, no es persona... Y al día siguiente vuelve, de nuevo, a la huerta. Allí se consume, se entierra un poco más cada día. A veces temo que no regresará, que tendremos que ir a recogerlo para siempre; y otras pienso que de allí, del agua y de la tierra, del aire y del estiércol, toma los nutrientes que lo mantienen vivo.

De los muchos trabajos con los que se castiga, edrar con la azada entre planta y planta no es el peor, pero sí el que más le tortura. La tierra, arcillosa, hace costra cuando seca. Y cada pocos días hay que doblar el espinazo con la azada pesada, rabiosa, y arañar la corteza, desmenuzarla para que abra sus poros al agua que la fecunda.

Edrar es una condena bíblica, un trabajo siempre necesario, nunca suficiente.

Hace poco le compré un escarificador con mango telescópico. Más ligero que la azada y no tendrá que agacharse para edrar. Me hubiera gustado que hubiera venido conmigo a Leroy-Merlin. Los ojos se le hubieran ido por las estanterías detrás de las herramientas y de los accesorios, adivinando, sorprendiéndose y maravillándose de para qué sirve cada uno. Pero todo lo demás es un mundo al que su sordera priva de sentido: la pradera de asfalto del aparcamiento, con sus rebaños y sus estampidas de coches; los carteles y avisos por doquier, hojas y flores de un desconocido jardín urbano; la procesión delante de las cajas, una plaga sin remedio.

Se le avivó la cara cuando le enseñé el escarificador. Extendió y recogió el mando, tentó la dureza de las puntas con sus dedos encallecidos. Me dijo “mañana lo pruebo”, y lo dejó allí, junto a la azada y la zarracamalda.

Entonces vi la hoz en el cuadro de herramientas, detrás de la puerta de la cuadra. Puedo decir que he visitado cada rincón de esta casa con los ojos curiosos de los siete años, con los ojos íntimos y secretos de los quince, y con los reflexivos y estudiosos de una mujer de más de veinte. No la había visto nunca. No había estado allí nunca. Ocupaba el lugar donde siempre habían estado las tijeras y los cuchillos de podar. Y estas herramientas, ahora se apretaban un poco más abajo.

Era una hoz diferente, sin ningún parecido con una medialuna, ni con un signo de interrogación, ni con el viejo icono en la bandera del desdentado fantasma comunista.

El mango era de madera oscura, pulida por los callos y barnizada por el sudor. La hoja, estrecha y delgada, casi frágil. Su curvatura, mínima, como un pequeño alfanje con el filo por dentro.

La quise para mí.

Mi casa es un pequeño museo etnográfico. En el suelo, colgados de la pared, del techo, tengo candiles, almireces, herraduras, azuelas, una romana, una collera, una horca, una laya, serones, una

prensa de uva, un molino de mano, hasta dos hachas de piedra que el abuelo encontró una vez en la Fuente Mina. Quería esa hoz, quería tenerla en mi casa.

La descolgué. La tenía entre mis manos.

– Esta hoz... -le dije, segura de que ya empezaba a ser mía.

El abuelo agarró la hoz, me la cogió con la misma suave firmeza con la que le hubiera quitado una perdiz al perro muchos años antes, cuando cazaba. Y empezó a contar mientras acunaba el mango con una mano y acariciaba el filo y la punta con la otra, como si la memoria brotara de ella.

– ¿Sabes? Antes, aquí venía una cuadrilla de la parte de Castilla. Subían segando de pueblo en pueblo desde la Ribera, y llegaban para San Pedro, y remataban la cebada, y luego el trigo o la avena, si había, y aún se quedaban de agosteros hasta que aparecían las quitameriendas.

El mayor de ellos, el mayoral, se llamaba Dionisio.

Esta hoz es la suya.

Dionisio era amigo de mi padre. Nosotros andábamos con el ganado detrás de los segadores, para entrar en los rastros en cuanto ellos salían. Mi padre y él nunca se cruzaban sin hablarse un rato. Y los domingos, cuando el pueblo estaba en misa, Dionisio se iba donde mi padre y liaban un cigarro. Mi padre le decía “¿Qué?, ¿no vas a misa?”. Y Dionisio le preguntaba: “¿Y tú, no vas?”. “Yo soy pastor”. “Yo ahora también”. Y se reían.

Tenías que verlo segando. Siempre apalabraba a destajo, nunca se escondió detrás de un jornal. Tenía demasiado orgullo para que alguien le dijera “ve y haz esto”, o coge, o trae, o para, o arrea.

Dionisio tomaba tres surcos para él; los demás, a cada dos. Cuando se volvía para dejar el manojito recién cortado, miraba para atrás, por si los otros se rezagaban. Empezaba suave, apretaba poco a poco. Sabía cuando aflojar para que nadie reventara, cuando dar un arreón aprovechando que alguien cantaba, y cuándo había que levantar el lomo con la excusa de echar un trago. O de afilar la hoz.

Porque esta hoz no es para dar tajos. Esta hoz es para rebanar. Hay que tenerla siempre afilada, que te puedas afeitar el dorso de la mano con ella.

La cuadrilla eran tres y el chico, Aniceto. Aniceto era menor que yo, doce años tenía. Rubio como la mies. Como su padre. Cuando segaban, se colocaban los hombres en el surco, y el chico detrás, atando los manojos. A veces, su padre tomaba un descanso y le dejaba la hoz, para que se fuera haciendo.

Aquel año Dionisio riñó con el amo de Barberena. Tú no lo conociste, claro. Entonces casa Barberena era medio pueblo, más tierra que nadie y lo mejor.

El amo de Barberena era un carlistón beato. Le gustaba avasallar. Fue alcalde más de veinte años después de la guerra. Aquel año Dionisio y él tuvieron alguna diferencia, no sé por qué. Da lo mismo. La diferencia era vieja, y se hacía nueva cada año. El uno tenía mucha tierra; el otro trabajaba muy bien. Pero por más que cada año se buscaban, necesitados el uno del otro, no acababan de ajustarse.

Ese año Dionisio y su cuadrilla plantaron al amo de Barberena. Trabajo no les faltaba, con uno o con otro. Y para dormir, mi padre les dejó nuestro pajar.

Aquel el año fue el del Alzamiento. En víspera de Santiago, el amo de Barberena se fue a la mañana con la Tafallesa a Pamplona, y volvió a la tarde en coche con cuatro requetés. Encontraron a Dionisio segando en nuestra pieza. Lo encararon. “Tú eres el que no va a misa”, le dijeron. Y se lo llevaron, delante de la cuadrilla, delante del hijo.

Mi padre lo vio de lejos, luego oyó los tiros, hacia el lado del Peñarte. Fue para allá y lo encontró muerto en una ezponda junto al camino. Me mandó con Niceto, que lo apartara, que no viera lo que le habían hecho a su padre. Y mientras tanto, él, con otro, cogió el cuerpo y lo llevó al cementerio. En la subida les salió al paso el amo de Barberena, que qué hacían. Mi padre le dijo: “Algunos no vamos a misa todo lo que debemos, pero no nos olvidamos de dar sepultura a los muertos”.

Mi padre quería enterrarlo dentro del camposanto, porque ateo o no, seguro que estaba bautizado. Pero el otro tenía demasiado miedo, ya se había asustado bastante con el desplante de mi padre al amo de Barberena. Así que lo enterraron por la parte de fuera, delante de unos bojés.

El abuelo calló. Aproveché para alargar la mano hacia la hoz y acariciar la hoja ennegrecida por falta de uso.

– ¿Y cómo vino a ti la hoz?

Él me contestó sin acabar de soltarla.

– Muchos años más tarde, andaba yo una vez con el ganado por debajo de la Peña. Vi a uno que no era del pueblo. Por la cuesta del cementerio. Pero no entró. Se estuvo donde la mata de boj.

No fui yo el único del pueblo que se apercibió. Si le dijeron o no algo al amo de Barberena, no lo sé. Pocos recordarían ya quien estaba enterrado debajo de aquel boj.

A los días, el amo de Barberena subió a Pamplona, como todos los sábados. Yo lo vi volver, bajarse de la Tafallesa y echar a caminar para el pueblo. Y vi como aquel hombre estaba apostado esperando a que llegara. Dejé el ganado y corrí para allá. Cuando llegué, el amo de Barberena estaba parado en medio del camino. Miraba para mí, miraba delante. Delante estaba Niceto, el hijo de Dionisio. Con la hoz de su padre en la mano.

Le llamé. Me reconoció. A pocos a pocos se fue viniendo para mí, apartándose del camino. Y el amo de Barberena pasó de soslayo, sin abrir la boca. Nada le dijo Niceto, nada le dije yo.

Cuando ya estaba lejos, dije:

“¿Me conoces?”

“Claro. Y tú a mí.”

“¿De verdad lo pensabas matar?”

“Enseñarle las ganas que tenía, y demostrarle que podía hacerlo. Pero te has entrometido.”

”Te va a denunciar.”

“¿Tú crees? Lo siento por ti. Tendrás que decir que me viste.”

“No lo diré. Pero dame la hoz, yo la guardaré.”

Nos apartamos para que no nos viera nadie más. Niceto me contó que se habían venido del pueblo. Se habían venido la madre y él y un hermano pequeño. Que llevaba un año trabajando en Potasas, en la mina.

A los días me llamaron del cuartel a preguntar. Yo negué haber visto a nadie. También a Niceto lo buscaron en su casa. No le encontraron la hoz. La tenía yo bien escondida. Hasta anteayer, que vi la esquela suya en el Diario.

– ¿Ha muerto? Haberme dicho. Te hubiera llevado al funeral.

– No hubo funeral. Lo decía la esquela. Niceto no iba a misa.

Y me quitó la hoz para dejarla en su sitio, donde debía estar.

La pluma blanca

El coronel había servido en la India y en Egipto. Había luchado en el Sudán contra el Majdi y en el Transvaal contra los bóers. Ahora vivía retirado en el campo, cuidando de sus perros y de sus caballos como un trasunto de Jenofonte descansando en su finca de Escilunte después de su larga retirada. Le gustaba la literatura clásica de los que forjaron imperios, y también, de los tiempos modernos, le gustaba Kipling.

*Si puedes mantener en su lugar tu cabeza cuando todos a tu alrededor,
han perdido la suya y te culpan de ello...*

Cuando su hijo partió a la guerra, no fue tan estúpidamente sensiblero como para recitárselos en la despedida. Se había prometido también que no correría para abrir sus cartas cuando llegaran, ni sería de esos viejos que en cualquier momento sacan en la conversación el nombre de su hijo ausente. Y mientras tanto, mientras esperaba cartas y noticias, iba pasando de un "If" a otro.

*Si crees en ti mismo cuando todo el mundo duda de ti,
pero también dejas lugar a sus dudas.
Si puedes conocer al triunfo y la derrota,
y tratar de la misma manera a esos dos impostores.*

Y cuando llegaba a aquello de

*Todo lo de esta tierra será tuyo,
y lo que es más: serás Hombre, hijo mío.*

el viejo se emocionaba, aunque sin caer nunca en ninguna inconveniente incontinencia que pudiera advertir su mujer o la servidumbre.

Eso fue antes. Ahora el viejo llegaba a St. Pancras, la estación de ferrocarril donde había tenido la despedida muchos meses atrás, con un triste recado: poner orden en las cosas de su hijo, caído en el frente. Se había trazado ya la ruta de oficinas, abogados y amigos que visitar, y esperaba que cuando ellos le dieran sus condolencias, él sería capaz de responder con la misma impasibilidad que Jenofonte cuando recibió la noticia de la muerte de Grilo: yo ya sabía que mi hijo era mortal.

El viejo se apeó del tren y echó a caminar entre la multitud, ya convertido en el coronel que era, con la espalda derecha, mirando por encima de las cabezas de la gente. Y la gente se apartaba a su paso porque, aunque no lo conocieran, veían en él a un hombre de los que habían forjado el imperio.

...

Gerald caminaba sin rumbo cerca de St. Pancras. Gerald era un joven con ambiciones literarias. Había nacido en Malta, y vivido en Sudáfrica, Inglaterra, Irlanda y la India. Se había educado en un estricto internado inglés, donde aprendió a protegerse del mundo en su castillo interior. Cuando estalló la guerra, se había alistado en seguida, no porque le impulsara la ola de patriotismo, como a tantos jóvenes, sino porque era difícil resistirse a ella y realmente no había encontrado motivos para hacerlo.

En realidad, él, desde la adolescencia, habitaba en moradas inaccesibles para los demás. Su pasión era vagar, recorrer el mundo, y unos años antes, cuando las naciones aún estaban en paz y él no había cumplido los dieciocho, se había marchado de casa para recorrer a pie los campos de Europa hasta el lejano Danubio, el río de la historia. La guerra no le entusiasmaba ni le asustaba: solo le producía curiosidad.

Quizás para complacer ese instinto errante, su primer destino militar había sido como enlace en bicicleta entre el mando y las trincheras. Allí lo vio todo, y vio lo mismo que todos.

No esperaba que la guerra fuera así. Horacio, Virgilio y Homero no habían descrito paisajes donde los árboles, desgarrados por la metralla, no tenían ni hojas ni ramas en lo más frondoso del verano; donde los animales domésticos eran esqueletos todavía atados al ronzal y a la cadena; donde la niebla a veces tenía el color de la ictericia, el sabor del ajo y la cebolla y el tacto de las ortigas; donde los campos son arados una y otra vez por la reja de los obuses para su cosecha de muerte; donde el auténtico ejército invasor son las ratas comedoras de cadáveres. Un paisaje sombrío y fabuloso que helaba la sangre si uno se abstraía en contemplarlo.

Y lo que es peor, y contradecía todo cuanto había leído: la gente moría o sobrevivía sin que su destino tuviera que ver con la cualidad moral de sus actos.

La bomba que lo hirió pudo haber explotado más cerca o más lejos, o un poco antes o después; los enfermeros galeses pasaban por allí, pero podrían haberlo hecho más tarde o nunca; el furgón con cuatro pisos de camillas tenía un hueco libre en lo más alto, allí donde no llegaba la sangre que escurría de arriba a abajo; el médico todavía no había llegado al límite de su cansancio; tampoco se habían acabado las gasas o los desinfectantes; la gangrena estaba demasiado ocupada en las camas de al lado. Todo era cuestión de suerte, nada dependía del mérito o de tu voluntad.

Ahora estaba en Londres, con el permiso imprescindible para que sus piernas aprendieran de nuevo a caminar. Había escrito a su familia, en Irlanda, pero no deseaba verlos. En realidad, no deseaba ver nada de lo que se supone que quiere ver un soldado de permiso. Desde que había vuelto a Inglaterra, veía con asombro aquel patriotismo retórico que invadía los periódicos y las calles, y meditaba acerca de su propio carácter, que lo hacía un extraño para el mundo.

Al salir del andén en St. Pancras, vio un grupo de chicas y se encaminó hacia ellas. Tenía veinte años y, técnicamente, podía decirse que había conocido mujer. Pocos días atrás, la cerillera de un café había accedido a subir a su cuarto. Un encuentro breve, que le había dejado más desazón que otra cosa. Como todo lo que le ocurría desde que había vuelto del frente, no sabía qué fallaba, si él, la chica, el mundo o la guerra. Pero se había prometido que de ahora en adelante no dejaría que ninguna mujer se compadeciera de su accidental condición de soldado.

Ellas lo vieron acercarse y se miraron con picardía, como si aquél fuera el muchacho que esperaba cada una.

– Buenos días, gentiles damas -saludó intentando ser a la vez educado y chistoso.

– Buenos días -dijo la morena.

– Hola -dijo la rubia.

– ¿Cómo es que un mozo como tú no viste de caqui? -dijo la del pelo castaño.

Solo entonces vio lo que la rubia tenía en su mano. Otra casualidad que le salía al paso. Había oído hablar de la Orden de la Pluma Blanca, pero no esperaba toparse con ella.

– Toma -la rubia le ofrecía la pluma con una sonrisa-, y piensa que si nosotras estamos solas ahora, es porque nuestros novios están luchando por nosotras y por nuestro país.

Gerald cogió la pluma. La sostuvo con énfasis delante de él, igual que había visto hacer a Hamlet con el cráneo de Yorick en una representación del colegio. Y empezó a reír, recordando su propósito de evitar la compasión femenina.

– ¿Y por esta pluma queréis que un hombre vaya de buen grado al matadero?

– ¿Acaso eres un cobarde? -se encendió la morena.

– No lo soy más que cualquier otro hombre. Y tú, ¿quién eres para decirle a nadie que debe morir? ¿Qué me prometes a cambio de ir a la guerra? ¿Te acostarás conmigo? ¿Me cubrirás de besos para que luego no sienta el frío, la humedad, el barro, la sangre, el fuego, el hambre, los piojos, el miedo? Si vuestro amor o aun siquiera vuestra sonrisa debe pagarse a tan alto precio, no por ello deja de ser algo con precio que se puede comprar, y no sois más dignas que la más laboriosa de las meretrices.

...

El coronel caminaba entre la multitud cuando vio a tres chicas que ofrecían la pluma blanca a un tipo. Un joven de la edad de su hijo, sano, fuerte. Se acercó a ellas lo suficiente para ver, para oír. El tipo se reía con descaro, pavoneándose de la pluma blanca que le habían dado, burlándose. De ellas. Del país. De los soldados. De su hijo.

El coronel levantó su bastón, perdió la cabeza.

...

Años después, Gerald abandonó su país por otro en el que no tenía que representar la ficción de que pertenecía al lugar en el que vivía. Era un extranjero en España, pero aquel “Don Gerardo”, como le llamaban en Yegen, le parecía lo más entrañable que había escuchado nunca. Muy a menudo entretenía sus siestas y sus noches con alguna joven del pueblo, y probaba con ella los efectos vigorizantes de la cantárida, tan extrañamente parecida al gas mostaza, si aumentabas la dosis imprudentemente. Era, en todos los sentidos, un hombre experto en el amor, que disfrutaba y hacía gozar a su compañera. Pero cuando se dormía y se daba la vuelta, Gerald se sentía solo.

De la guerra, Gerald procuraba no recordar muchas cosas. En eso, era igual que todos los supervivientes. En cambio se acordaba mucho de aquel estrambótico suceso, cuando le entregaron la pluma blanca de la cobardía en la estación de St. Pancras. Extrañamente, no podía evocar el dolor de los bastonazos, como no conseguía nunca revivir las sensaciones lacerantes de la metralla en la pierna y la espalda. Pero recordaba bien la confusión que siguió, la presencia de la policía, y cómo, al atestiguar su condición de combatiente y convaleciente de heridas de guerra, pasó súbitamente de acusado a víctima. Recordaba las lágrimas del coronel mientras le pedía disculpas, avergonzado por lo que había hecho. Se dejó abrazar, dejó que aquel viejo llorara en su hombro por el hijo que acababa de perder.

Y al recordarlo, se le venía a la mente siempre el final de la *Iliada*, aquel momento en el que Aquiles y Príamo lloran juntos, uno por el hijo que había perdido y otro por el padre ausente al que no volvería a ver. Sólo que él no quiso sentirse hijo de aquel hombre. En su castillo interior no moraba ningún padre. Se había dejado envolver en las lágrimas de aquel hombre extraño a él con la misma indiferencia y distancia con la que los supervivientes de la guerra recibieron después las medallas, los homenajes y las conmemoraciones sucesivas de cada año. Nada de lo que había ocurrido en las trincheras podía ser compartido por quienes no habían estado en ellas.

Y el coronel, años después, recordando a su hijo y aquel vergonzoso incidente en la estación de St. Pancras. pensaba que Diógenes Laercio no había dicho toda la verdad, puesto que había omitido contar cómo había recibido Jenofonte de vuelta a su otro hijo, al que sobrevivió a la batalla, Diodoro. ¿Se alegró de verlo vivo o le recriminó haber sobrevivido a su hermano? Y pensaba, recitando su poesía favorita, que se puede asistir impasible a la victoria y a la derrota, pero que la muerte de un hijo es otra cosa.

¡John Moore, Presente!

Polizón en un féretro ajeno. Tus huesos temblarían a carcajadas si pudieras oír cómo responden todos “¡Presente!” cuando el general bajito, boina roja y voz aflautada, clama “José Antonio Primo de Rivera” y reclama, por esa muerte que no es la tuya, el fruto y la semilla de otras muertes. Los enterradores desquician la losa de mármol, la atraen, la arrastran chirriando sobre el pavimento, la sujetan a las cabrias bajo la bóveda, que abrazan la piedra, la levantan, la depositan a un lado. El Caudillo cierra la mano y antes de que sus dedos se junten la palma se le llena con un puñado de la tierra que espolvorea tus restos y acude volando. Se retira el Caudillo y junto a la fosa regresa y forma la guardia de pantalón negro y camisa azul mahón, correa y pistola al cinto. Dos enterradores se arriman al borde y tienen los cabos de las cuerdas, que descienden como serpientes, reptan por debajo del féretro y ascienden por el otro lado. Tus restos suben empujados por las sogas, que escurren pausadamente entre las manos que las sujetan.

Y así, tus huesos dejan de gravitar sobre dos dinastías de reyes tan lejanos para ti como emperadores chinos y mogoles. La bandera rojinegra se descuelga del féretro y vuela en el aire hacia manos que la recogen y la pliegan. En el túmulo delante del crucero esperas a que el coro de Agustinos cante “Requiem aeternam dona eis, Domine” desde la Comunión hasta el Introito. Camisas Viejas, Palmas de Plata, Jerarquías y Dignidades toman a hombros la caja de ébano y desandan el pasillo hasta la puerta de la basílica. Franco te recibe y luego espera tu llegada, mientras el cortejo que te lleva cruza el patio de los Evangelistas y desentra del monasterio. Más allá de la puerta, Banderas, Guiones, Estandartes y Emblemas se levantan altivos a tu paso, entre estruendo de campanas y salvas de artillería que aspiran el ruido y la nube de pólvora dentro del ánima de los cañones. Las filas prietas y firmes de batallones y centurias se relajan en posición de descanso. En los montes alrededor las hogueras fulguran, la ceniza mengua, la leña medra y por fin se apaga. Vuelan las escuadrillas militares en formación hacia atrás. Los generales y los diplomáticos suben de espaldas a sus coches y de espaldas emprenden el camino de vuelta a la capital, mientras a ti te desllevan a hombros camino de Galapagar, camino de la Universitaria, camino de Aranjuez, camino de Ocaña, camino de Albacete, La Roda, Villena, camino del mar del que viniste.

Aunque ellos no saben que viniste del mar.

Diez días. Cada diez kilómetros el cortejo se detiene. Doce hombres se desarriman de las andas y emplazan a otros doce. Un jefe se cuadra delante de otro jefe, grita “¡Presente!”, y el otro invoca el nombre del Ausente. Detrás delante del cortejo, dos cruces, dos curas, media docena de faroles con cirios, con sus monaguillos. A los lados, una escolta de camisas viejas, de soldados, de guardias civiles, con los fusiles apuntando al suelo, el brazo derecho sobre la cartuchera izquierda, y el paso cansino de las procesiones.

Diez días.

Durante diez días a la niebla de la tarde sucede el sol del mediodía, y al amanecer el aguazón de la madrugada. Los hachones de pino resinoso crecen prendidos de su llama durante la noche y se apagan cuando el sol nace por el oeste. En los cerros, las hogueras hacen eco a las antorchas. El polvo de los caminos se recoge en el aire y se asienta al paso del cortejo. En las plazas, las alfombras de flores vuelven a las manos de las mujeres en forma de ramos; se arrían las banderas; se desmontan los mástiles; los albañiles reponen las entabladuras de los arcos de ladrillo con el “José Antonio, ¡presente!”; los discursos se dicen y después se escriben y se piensan; las galanuras de los balcones se lucen y se desponen. Escupen la hierba las ovejas y las cabras en los barbechos y despoblados del camino; los pastores encaraman un brazo -es la moda-, el otro sujeta el palo -como siempre-.

Al paso de los jirones podridos de tu carne, se levantan de las cunetas y las fosas los cuerpos de los rojos señalados a tu paso. Crece la cabellera rapada de las esposas, las hijas, las viudas, las hermanas, las madres de

todos aquellos que deben un paseo vengativo a los vencedores, y sus ropas se estiran, recomponen sus jirones, se desvanecen los moratones en su carne y olvidan las afrentas.

Al décimo día llega el cortejo a la ciudad roja, señalada con el estigma de haber consentido el crimen, la muerte del Ausente. El séquito se engrosa, se alarga, se detiene delante de la casa prisión que lleva el nombre de ese hombre que no es el tuyo, y se dicen más discursos, más responsos, más himnos y voces rituales. Como un hormiguero revuelto, la población amontona las aceras, proclama su dolor y contrición manteniendo el brazo en alto hasta que duela. Los marineros se petrifican cara al puerto, las sirenas de los barcos enronquecen el aire, el cortejo entra en la catedral. Allí se desnuda el féretro y las andas del paño negro que los cubre; y el hilo de oro que borda el yugo y las flechas volverá a pasar por el ojo de las agujas y se bobinará en los carretes de tantas mujeres enterradas en vida para el culto de la muerte.

Al día que precede el féretro retrocede hasta el cementerio en procesión de andas y se introduce en el nicho 513. Los cascotes y ladrillos se levantan del suelo, se ajustan entre sí, sellan el nicho. Una guardia permanente rota durante ocho meses, a la espera de que empiece la guerra, mientras las cárceles vomitan multitudes, las cunetas y los cementerios regurgitan muertos, y llega el día en que se abre el nicho nuevamente, el féretro desciende y vuelve junto a la fosa quinta, fila segunda, cuadro doce. Sacan tus huesos y te muestran putrefacto y descarnado como el odio. Miguel, el hermano del que tú no eres, atestigua y reconoce el crucifijo y las tres medallas encontrados en tu cuello. Desciendes al fondo de la fosa, y encima de ti se depositan los demás cuerpos, y encima la tierra que os entierra durante tres años, tierra que vuelve a hacerse carne, a rellenar los huesos, a dar vida a las larvas y gusanos que se extinguen. Hasta que llega el día en que los músculos rígidos se aflojan, la fosa se descubre, los cuerpos suben y vuelven a la mesa de mármol del depósito.

El sepulturero se ríe de su propio acto de justicia: como si él creyera en la resurrección de los muertos. Cambia de cuello el crucifijo y las medallas. Piensa en lo que durará la guerra, su resultado probable, ahora que el Gobierno de la República ha abandonado Madrid: siempre ganan los mismos. “Se acabó la fiesta, Negro Yomá. Se acabó la fiesta para ti y para todos nosotros, hasta para el señorito fascista”, piensa recordando el buen pasar de aquel marinero negro, su alegría con un punto de altivez para no agacharse a recoger la moneda que la mala ostia de alguno le tiraba al suelo como un hueso a un perro. ¡Qué diferentes son el abrigo del señorito y el del Negro Yomá, y cuánto se parecerán así que pase algún tiempo! El sepulturero ha visto alguna vez a un príncipe filosofar en torno a una calavera monda. Contempla los seis cuerpos que tiene que enterrar este 20 de noviembre de 1936, con especial detenimiento en el señorito fascista repeinado hacía atrás, el hijo pendenciero de un general fanfarrón, y en el Negro Yomá, sucio y desgrefñado, muerto de una borrachera mal dormida a la intemperie.

Veinte años de fiesta, Negro Yomá. Veinte años tragando fuego y escupiendo gasolina a la botella para maravilla de la gente. Veinte años disfrutando del sol hospitalario, de la tierra hospitalaria, de las mujeres hospitalarias. Veinte años, y una lista de embarque para una tripulación embarrancada, en la que -ausente- no figura el polizón pinche de cocina que dice llamarse John Moore cuando lo descubren en la bodega del barco riendo a mandíbula batiente. En buena hora arde el Tiflis en el puerto de Alicante. En buena hora varaste en esta tierra que al final de tus días te ha dado un entierro de reyes, polizón John Moore, presente.